



Juan Eugenio Hartzenbusch

La redoma encantada

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Juan Eugenio Hartzenbusch

La redoma encantada

Comedia de magia en cuatro actos, en prosa y verso

PERSONAJES:

DON ENRIQUE. EL SECRETARIO.

EL CONDE DE LA VIZNAGA. ALMA DE CÁNTARO.

DOROTEA. PÁJARO-PINTO.

PASCUALA. UNA CRIADA.

GARABITO. SIETE BRUJOS.

DON LAÍN. UN ALDEANO.

DON GASPAR. UN SOLDADO.

DON RAMÓN.

CABALLEROS, DAMAS, BRUJOS, BRUJAS, GENIOS, DIABLOS, SOLDADOS,
BAILARINES, CRIADOS, ETC.

La acción pasa en Madrid y sus inmediaciones, en una cueva de Barahona, y cerca de Villarino, a la raya de Portugal.

Advertencia

Cuando por mis pecados prometí escribir una comedia de magia, dos composiciones de este género había yo visto; la una por curiosidad, por equivocación la otra. Tal era mi aversión a estos espectáculos que la Pata de Cabra no había conseguido contarme en el número de sus oyentes: asistí después a una de sus últimas representaciones para estudiarla. No sabiendo qué senda seguir cuando conocí el laberinto en que me había enredado, acudía al medio

más fácil de salir del apuro; fui cogiendo retazos de aquí y de allá, y los zurcí como Dios quiso, o como yo pude. El Anfitrión de Molière, la Piel de Asno, y un cuento de Madama Beaumont, me proporcionaron las principales escenas del drama; si en lo demás, que no es mucho, se notan limitaciones, lo serán de originales que no he leído. Sin la bondad, sin la paciencia, sin los conocimientos prácticos de don Francisco Lucini, imposible me hubiera sido arreglar una tramoya: él es el que ha desembrollado mis ideas en embrión; y si esta obra de tararea gustase, a sus consejos y a su pincel lo deberé principalmente. El pensamiento de trasladar a tiempos modernos un personaje antiguo, pensamiento que era ya rancio en la época del marqués de Villena, podría seguramente producir situaciones cómicas; pero yo me abstuve de bosquejarlas, porque sé que lo hubiera intentado en vano: así es que en la Redoma encantada, lo mismo podía llamarse el personaje principal don Enrique de Aragón, que Perico el de los Palotes. Esto es lo que yo necesitaba decir al público en descargo de mi conciencia, con respecto a esta obra: por eso la imprimo... y porque, como dijo el otro,... todo se imprime.

Acto primero

Vista de tejados, buhardillas, campanarios y chimeneas. En el fondo, a la derecha del actor, una buhardilla practicable, y otra a la izquierda, más cerca del proscenio, delante de la cual hay un terradillo, y en él una artesa. Es de noche y alumbra la luna.

Escena I

GARABITO.

(Diríjese por el caballete de un tejado a la buhardilla de la derecha.)

GARABITO.- ¿Si me estrellaré yo esta noche? (Da un vaivén.) ¡El Señor de las alturas se asista! Un pizarrero, que ha medido a nalga todos los chapiteles de Madrid, ¡resbalar de tal modo! Diabluras serán de la tía Marizápalos, esa bruja que vive, o que muere, en aquella

buhardilla de la azotea. Ya dicen que está dando boqueadas, y aún piensa en sus adobos para viajar por el aire y en maleficiar al prójimo... (Llama suavemente al postigo de la buhardilla.) Pascualita, Pascuala. -¿Está sorda esta chica?- Pascuala.

Escena II

PASCUALA.- GARABITO.

PASCUALA.- (Dentro.) ¿Quién llama ahí?

GARABITO.- ¿Quién ha de ser? Yo.

PASCUALA.- No conozco a nadie por ese nombre.

GARABITO.- ¿No te hace cosquillas en el tímpano la voz de tu Garabito?

PASCUALA.- (Abriendo la ventana.) ¡Jesús! ¡Tú por aquí!

GARABITO.- Yo, Pascualita mía: yo, que después de una ausencia de catorce días, a catorce leguas de ti, vuelvo a verte, catorce veces más enamorado. Y tú, pichona, ¿te has acordado de mí mucho?

PASCUALA.- Hace unos días que me he vuelto muy desmemoriada.

GARABITO.- Ese es defecto de gente que ha subido muy alto desde muy hondo. A ti no te cuadra. Una pobre bonetera, a quien se le pasan los meses sin que le encargue o un solideo...

PASCUALA.- Una bonetera puede elevar sus pensamientos más arriba de la cabeza de un cura.

GARABITO.- Por eso los has fijado en la mía, que se roza con las veletas de los campanarios.

PASCUALA.- Han variado mucho mis circunstancias desde la tu partida.

GARABITO.- ¡Y con qué tonillo me lo dice! Vamos, con la entrada de los tudescos en Madrid, los amores en pleito corren la misma suerte que el rey Felipe. Otro recibimiento me hacías antes, cuando ponía mis labios, y mis jornales, en esa mano. Y hoy que vengo a anunciarte una noticia...

PASCUALA.- ¿Que los aliados se van a Toledo?

GARABITO.- ¿Qué me importan a mi todas las alianzas del mundo? La tuya es la que yo ambiciono. Mañana declaro a la cócora de tu madre que si no me franquea sus puertas, daré una campanada que suene desde la vicaría hasta la parroquia. Ya con este fin he negociado un empréstito, porque del conde de la Viznaga no hay que esperar un maravedí.

PASCUALA.- Sí: ya sé lo que te pasó con él, antes que salieras para el sitio. ¡Vaya, que fue lance gracioso!

GARABITO.- Maldita la gracia que le encuentro yo a una paliza, cuando la recibo.

PASCUALA.- ¿Supiste lo que hubo aquí la mañana siguiente?

GARABITO.- No me lo has escrito, y yo desde el cimborio del Escorial no alcanzaba a verlo.

PASCUALA.- Pues, amigo, he tenido una visita de mi casero.

GARABITO.- ¿Qué pobrete se libra de una cada mes?

PASCUALA.- Esta vez no venía de oficio. ¿Quién te figurarás tú que le acompañaba?

GARABITO.- ¿Algún clérigo alemán, que había perdido el alzacuello por esos caminos?

PASCUALA.- Sí, sí; nada menos que su amo, el conde de la Viznaga.

GARABITO.- ¡El que me mandó dar tantos palos como pesos me debía!

PASCUALA.- El mismo. Cuando llamaron, y vi al conde por el ventanillo...

GARABITO.- Echarías el cerrojo a la puerta.

PASCUALA.- No; pero me volví de puntillas...

GARABITO.- Para esconderte.

PASCUALA.- Para mirarme al espejo. Me arreglé la trenza y el vestido, y abrí de par en par a su señoría.

GARABITO.- ¡Al don Juan Tenorio de estos tiempos! ¡A un secuaz del archiduque Carlos! ¡A un enemigo acérrimo de S. M. don Felipe V!

PASCUALA.- Las mujeres en esta guerra hacemos el papel de potencias neutrales.

GARABITO.- Ya: tú que no has de ser monja, dirás: guerra de sucesión, que dure hasta que yo peine canas. -Pero, ¿a quién buscaba el conde?

PASCUALA.- A mí.

GARABITO.- ¡Cáigame en el colodrillo una fundición de estaño! ¿Y qué te dijo? ¿Qué quería?

PASCUALA.- Verás. Principió refiriéndome que se le había encajado en su casa, pidiéndole el pago de cierta cuenta, un bárbaro de un vidriero, un estúpido, un insolente...

GARABITO.- ¿Eso lo decía por mí?

PASCUALA.- Las señas eran infalibles. Que te respondió que aguardases unos días... o meses... Para los señores es lo mismo.

GARABITO.- Para el pobre es muy diferente. Pero, ¿qué tiene que ver el despolvoreo de mis lomos... con...?

PASCUALA.- Si voy a eso. El conde había sabido que tú me obsequiabas, y que yo era muy linda chica: estas fueron sus expresiones... Y dijo que por eso venía...

GARABITO.- ¿A qué?

PASCUALA.- A casarme.

GARABITO.- ¿Conmigo?

PASCUALA.- No; con mi casero.

GARABITO.- ¡Su mayordomo!

PASCUALA.- Don Laín Cornejo.

GARABITO.- ¡Un setentón! ¡Un pícaro que debía estar en la horca!

PASCUALA.- Para ese pretendía el conde mi mano: para ti tenía negociada una plaza...

GARABITO.- ¿Dónde?

PASCUALA.- En las galeras del archiduque.

GARABITO.- Tú dirías que no quiero ser gravoso al estado.

PASCUALA.- Pero su señoría estaba decidido a emplearte. Su proyecto era o que aceptara yo aquella boda, o que tú cargases con un grillete.

GARABITO.- ¡Oh iniquidad! Tú rehusarías...

PASCUALA.- Por supuesto.

GARABITO.- Llorarías...

PASCUALA.- A todo trapo.

GARABITO.- Te desmayarías...

PASCUALA.- Me quedé muerta. Pero al volver del soponcio, me hallé con una joya al cuello; y mi madre me dijo que en medio de mi turbación, había dado a don Laín el sí de esposa.

GARABITO.- ¡Virgen de Vallecas! ¿Y no consideraste...?

PASCUALA.- Considerando que te daba la mayor prueba posible de mi cariño, el lunes pasado me dejé llevar a la iglesia; y de la noche a la mañana, me encontré con un marido Matusalén al lado, coche a mi disposición, diamantes, criados, y seis mil ducados de renta.

GARABITO.- ¿Es verdad lo que oigo? ¿Tú casada? ¿Y qué es lo que hago yo ahora?

PASCUALA. Por lo pronto, dame la enhorabuena.

GARABITO.- Tú te burlas; no puede menos. ¡Una señorona de coche aposentada en una buhardilla!

PASCUALA.- He venido a visitar a mi madre... y de camino a otra cosa. El conde ha puesto los ojos en la vecinita de al lado, la Dorotea. Su abuela la solía traer aquí algunas noches... y... por cierto que hace ya tres que no la vemos; de modo, que el señor conde está desesperado.

GARABITO.- El desesperado, el furioso, el frenético soy yo... yo, que me arrojaría del tejado al suelo, si no fuera más justo arrojar a la pérfida que me ha vendido.

PASCUALA.- Venderte en seis mil ducados anuales, no es hacer mal negocio.

GARABITO.- ¡Esta injuria a un maestro vidriero, pizarrero y plomero!

PASCUALA.- Ponte en razón. Tú me ofrecías un porvenir tan frágil, tan resbaladizo, tan pesado... Es menester que conozcas que una muchacha de mi palmito merecía mejor suerte. En fin, marido como el que tengo, no ha de durar gran cosa: si cuando enviude yo, tus vidrios, tus plomos y tus pizarras te han hecho millonario; si puedes satisfacer los caprichos

de una mujer bonita, y apalear a tus acreedores impunemente, entonces... hablaremos. Mientras tanto, paciencia y espera.

GARABITO.- Oye, escucha.

PASCUALA.- Buenas noches... y buena fortuna, Garabito. Vete por donde viniste, y cuidado con una costalada. (Quítase de la ventanilla y la cierra.)

Escena III

GARABITO.

GARABITO.- ¡Cielos! ¡Ella casada, y yo con mi dinero perdido, ganada una paliza, y amenazado de galeras por añadidura! ¡Se me ha lucido el haber gastado todo el fruto de mis sudores con esa víbora! Es necesario que me desahogue, dándole una vuelta de mojicones, que le haga cantar la letanía de todos los santos. (Intenta forzar la ventana de la buhardilla.) Como logre colarme dentro, del primer guantazo... (Ábrese la ventana y aparece el conde dentro de la buhardilla.) ¡El conde!

Escena IV

EL CONDE (que sale al tejado).- GARABITO.

CONDE.- Si quieres conservar las costillas que te quedaron el otro día, vete de aquí más que a paso.

GARABITO.- Señor conde...

CONDE.- Lejos de aquí, repito.

GARABITO. ¿No está V. S. contento con haberme negado el premio de mis afanes...?

CONDE.- Soy conde: pago cuando quiero.

GARABITO.- ¿Sino que no ha parado V. S. hasta dejarme sin novia?

CONDE.- Lección para el pobre que se insolenta con el poderoso. Un hijo de un zurrador y una molinera, nieto de un saltimbanqui, hermano de un ventero, atreverse a decir a un título: «¡De aquí no salgo sin lo que usted me debe!»

GARABITO.- Y si el que me manda trabajar no me paga, ¿cómo vivo yo?

CONDE.- Y si no guardas consideraciones al que te sostiene, ¿querrá emplearte en servicio suyo? ¿No te abandonará? Su abandono, ¿no te condenará a la miseria?

GARABITO.- Y si el señor no se sirve del obrero, o el obrero se niega a servir al señor, ¿no tendrá el rico, el noble, el grande, que coserse su vestido, reparar su casa y enjaezar su caballo?

CONDE.- Para no abatirse a tan viles ocupaciones, hallará de sobra espíritus débiles y apocados, almas miserables de plebe, que le sirvan de grado o por fuerza. Con valor o con industria hemos adquirido el poder nosotros, envidiosa canalla: mientras no sepáis hacer lo que nosotros hicimos, humillaos ante el hombre que tiene más, que puede más, que vale por consiguiente más que vosotros.

GARABITO.- Señor conde, el hombre que veo delante de mí, es un hombre como yo, inferior a mí, porque yo soy rebusto; yo aquí soy el fuerte. Aquí no tiene V. S. la escolta de sus lacayos; todos somos iguales de tejas arriba; y por Dios, que si me dejo arrebatar de la cólera...

CONDE.- ¿Qué podrá esa cólera contra este preservativo? (Saca dos pistolas.)

GARABITO.- ¡Ah! ¡Que no haya podido gastar seis doblones en armas!

CONDE.- Pues esa es la diferencia que media entre los dos, sobre tejas y sobre baldosas.

GARABITO.- Yo le juro a V. S. que alguna vez...

CONDE.- Eres muy dueño de jurar, como sea en otra manzana.

GARABITO.- Guárdese V. S. de mí desde hoy. (Retirándose.)

CONDE.- Guárdate tú de una leva. Pillos de tu especie sobran en Madrid, y pueden hacer su papel con un remo en la mano.

GARABITO.- Si no me vengara... (Va a arrojar una teja al CONDE.)

CONDE.- ¡Bribón! (Le acara una pistola, que da fognazo: GARABITO se entra en la buhardilla del terradillo.) Se refugió en casa de la bruja: basta con haberle asustado.

Escena V

DON LAÍN.- EL CONDE.

LAÍN.- (Asomándose por la buhardilla.) ¿Dónde está ese bellaco? ¿No parece ya, eh? Bien ha hecho en escurrirse, porque si no... ¡Cuidado con subírsele a las barbas a mi amo, por causa de mi mujer!

CONDE.- ¡A buen tiempo me venía el socorro, si lo hubiese necesitado! Da treguas a tu valor amigo Laín; que te asalarío yo para que me guardes las espaldas, sino para que desuelles a mis arrendatarios.

LAÍN.- Pero yo soy criado fiel, y por servirle...

CONDE.- Retirémonos, porque ya es hora de penetrar en el cuarto de Dorotea. Está visto que su abuela sospecha de mí, y que por eso no vuelve a casa de tu suegra. La niña me gusta; obsequiándola, encubierto en el nombre de don Juan, he advertido en ella una inclinación, que tiene y visos de verdadera; su argos me la esconde; razón para que yo burle su vigilancia.

LAÍN.- El albañil habrá roto ya el tabique que separa esta habitación de la de Dorotea. Yo le encargué el mayor silencio... Voy a ver si ha despachado. (Vase.)

CONDE.- Nuestro valentón parece que se halla bien con la Marizápalos. A ese mozo es menester enviarle a empizarrar el palacio del gobernador de Manila. (Éntrase en la buhardilla.)

Escena VI

GARABITO.

(Sale de la buhardilla del terradillo, recatándose.- La luna se ha cubierto, y la oscuridad es completa.)

GARABITO.- No podía permanecer más tiempo delante de ese cadáver. Sola y abandonada se ha muerto la infame bruja. No, si la hubiese encontrado en disposición de oírme, no hubiera yo dejado de implorar su auxilio para hacer una jugarreta al conde. Ya estarán las doce al caer, hora en que los brujos emprenden sus caminatas aéreas: a la primera campanada, me pondría de patitas en el barreño de los untos para volar, montaría en una escoba, y cruzando los aires... (Dan las doce: Garabito tropieza en una artesa que hay en el terradillo, y cáese dentro de ella.) ¡Voto a cribas! ¡Lo que he cruzado es el suelo! Me he zampado en una artesa llena de agua. ¡Hif! ¡Qué frío! Y no acierto a levantarme... No sé qué revolución se obra en mi cuerpo. Y me hundo... (Desaparece por un momento y luego sale de la artesa volando, transformado en vieja.) ¡Que me escapo! ¡Que me vuelo! ¡Que me llevan los diablos a Barahona! (Algunos brujos salen por las chimeneas de los tejados, y cruzan el aire en la misma dirección que Garabito.)

Escena VII

(Un desván.)

DOROTEA.- EL CONDE.

DOROTEA

Márchese usted al momento.

CONDE ¡Qué inhumana tiranía!

DOROTEA Mayor pena merecía
tan extraño atrevimiento.

CONDE Es demasiado rigor. 5

DOROTEA Quien paredes atropella,
muy poco de una doncella
respetará el pundonor.

CONDE (Aparte. ¡Que han de ser tan montaraces
las Lucrecias de trapillo!) 10
En fe de mi amor sencillo,
debemos hacer las paces.

DOROTEA Las hago, si usted se va.

CONDE Óigame usted, y me iré.

DOROTEA Si me habla lejos oiré. 15

CONDE Bien. ¿Desde aquí?

(Colocándose a cierta distancia de DOROTEA.)

DOROTEA Más allá.

¿Cómo usted se propasó
a romper aquel tabique?

CONDE Primero que usted explique
la razón que me obligó, 20
reciba ese don, señal

de lo que agradarla la estudió.

DOROTEA Aunque es bien raro el preludio,
aparo en el delantal.

(El CONDE echa a DOROTEA en la falda un estuche de alhajas, que ella abre y examina.)

CONDE (Aparte. Según mi segura táctica, 25
es ésta la gran retórica.

Más que una pasión teórica,
vale un donativo en práctica.)

DOROTEA ¡Qué miro! Diamantes son.

Tal regalo corresponde 30
a un hombre rico.

CONDE Es un conde
quien hace a usted ese don.

DOROTEA ¿Un conde?

El de la Viznaga.

DOROTEA Muy señor mío y mi dueño. (Sonriéndose.)

CONDE Ese semblante risueño 35
mis esperanzas halaga.

DOROTEA No hay que tomar a favor
de mi labio la sonrisa.

Me río, porque la risa
dice a mi cara mejor; 40
y porque ¿quién se contiene
al ver en este desván
al conde más perillán
que toda la corte tiene?

CONDE ¿Quién aquí me calumnió? 45

DOROTEA El que no proceda bien,
sufra que todos le den

el nombre que mereció.
CONDE Si un retrato verdadero
hace la fama de mí, 50
nada puede haber allí
que deshonre a un caballero.
Dirá la galante crónica
en su censura más rígida,
que tuve afición a Brígida, 55
y que quise después a Mónica;
pero ¿es delito buscar
con afanoso tesón
un amante corazón,
y no poderlo encontrar? 60
Si no supieron las bellas,
a quienes rendí mi pecho,
ligarle con nudo estrecho,
la culpa tuvieron ellas;
o quizá del sumo Ser 65
fue decreto soberano
que yo suspirase en vano
entre mil, por la mujer
que me pintaba la idea,
para que el alma en despojos 70
me llevase con sus ojos
la divina Dorotea.

DOROTEA Y acaso fue suerte mía
que yo a usted me aficionase;
sólo mientras ignorase 75
que un conde me pretendía.

CONDE Cuando ficciones renuncio,
¿con tal desengaño toco?
DOROTEA ¿Aprecia usted en tan poco
la franqueza del anuncio? 80

CONDE Diciendo mi calidad,
mi fe sincera acredito.

DOROTEA Esa ingenuidad imito,
mi fe sincera acredito.

DOROTEA Esa ingenuidad imito, 85
pues también digo la verdad.

CONDE ¿Conque te pierdo? ¡Oh tormento!
¿Conque mi suerte deseas?
¿Qué dices?

Que me tuteas,
y te apeo el tratamiento. 90

CONDE ¿De dónde el hechizo sacas,
que avasalla mi altivez?

DOROTEA Sé yo desde la niñez

no espantarme de alharacas.
Como siempre en un rincón 95
encarcelada he vivido,
ratos de sobra he tenido
que dar a la reflexión;
y pesando en fiel balanza
mis cualidades un día 100
me pareció que podía
entregarme a la esperanza
de que algún hombre de bien,
que amor y honradez buscase,
ofrecerme se dignase 105
una mano por sostén.
Esperando con afán
aquel protector soñado,
en la buhardilla de al lado
hallé mi primer galán. 110
Me habló de amor: escuché;
dijo que me idolatraba;
por ver que maña se daba
idolstrar me dejé.
Fue mi primera afición; 115
él tiene un pico de perlas:
le di, pues, sin defenderlas,
las llaves del corazón.
Decía para mi saya
muchas veces yo: recelo 120
que es don Juan un picaruelo;
pero si me quiere, vaya;
nómbreme suya, y me obligo,
sagaz y tierna consorte,
a lograr que se reporte, 125
y se contente conmigo.
Proyectos sin duda buenos;
mas, para servir a ustedes,
¿quién era mi Ganimedes?
Todo un conde, por lo menos, 130
de amor célebre adalid,
que por sus triunfos gallardos,
el conde de picos pardos
le llama todo Madrid.
Firme, si al principio atónita, 135
de tanto engaño en el piélagos,
digo a mi galán murciélagos
que ya conozco su mónita;
y pues en tan mal camino
los pasos ha de perder, 140

lo mejor que puede hacer
es irse por donde vino.
Queden pira otra beldad
esas joyas que me ofrece:
semilla son que perece, 145
sembrada en mi voluntad,
porque más que dones ricos
vale el honor que atesora
esta humilde servidora
del conde de pardos picos. (Quiere irse.) 150
CONDE Detente, esquivá hermosura,
detén el paso veloz,
porque me encanta tu voz,
aunque ofende mi ternura.
Si viste amor en don Juan, 155
¿cómo en el conde no fías?
DOROTEA Amor de tús y usías
va de bolín de bolán.
CONDE ¿No puedo yo dar mi fe
a dama de humilde cuna? 160
DOROTEA ¿De qué nace que ninguna
le contenta a vuesarcé?
CONDE ¿Quién, Dorotea gentil,
quién contigo se compara?
DOROTEA Eso mismito apostara 165
que lo ha dicho usted a mil.
En fin, supuesto que soy
una niña tan cabal,
y usted me adora leal,
a hacer un ensayo voy. 170
Hija de un mísero hidalgo,
noble soy sin vanagloria:
ni adoro mi ejecutoria,
ni me oculto lo que valgo.
A veces juguetoncilla 175
en casa, a veces apática,
parezco una diplomática
en tomando la mantilla.
Me hallo en disposición
de aprovechar un caudal, 180
y al ver el ajeno mal,
se me parte el corazón.
Perdón supiera pedir,
si ofendiese a un pordiosero,
y a un pisaverde grosero 185
con un gesto confundir;
en suma, por varios modos

cuento con poderme hacer
reverenciar y querer
de mi marido y de todos. 190
Así un don Juan se me explica
en una amorosa carta,
y los elogios que ensarta,
de su mano los rubrica.
Yo en su buena fe descanso, 195
y de su voz al compás,
si me alabo, no hago más
que hablar por boca de ganso.
Pues si en mí todo embelesa,
si tanto mérito brilla, 200
¿no me viene de perilla
para hacer una condesa?
CONDE (Aparte. ¡Friolera es la ambición
de la niña!) Yo veré...
DOROTEA Nada; nada: ¿para qué 205
pensar la resolución?
Usted que mi amor anhela,
que adora con frenesí,
¿como ha de negarme un sí
en presencia de mi abuela? 210
CONDE Pero... de improviso...
DOROTEA ¡Bah!
Es sorpresa muy gustosa.
CONDE Una vieja recelosa
de todo sospecha.
DOROTEA ¡Cá!
Le creará a usted... como yo. 215
CONDE Declárate sola tú.
DOROTEA Yo empezaré, y usted...
CONDE ¡Uh!
¡Qué apurar!
DOROTEA Ánimo.
CONDE ¡Eh! No.
DOROTEA Sí, venga su señoría
donde despliegue gentil 220
todo ese amor señorial
que señorea en usía.
CONDE Soy incapaz de bastardos
designios; pero...
DOROTEA Ya estoy;
mas yo quiero quedar hoy 225
condesa de picos pardos.

(Ase de la mano al conde y se entra con él.)

Salón subterráneo de arquitectura antiquísima, debajo de los campos de Barahona. En el fondo se ve en un nicho la redoma encantada. En medio del tablado un pedestal. Se oye música estrepitosa dentro, y la algazara de un baile desordenado.

Escena VIII

GARABITO. (De vieja y con el traje de archimaga, conducido por el Secretario).
PORTEROS. Luego BRUJOS y BRUJAS.

SECRETARIO.- (A un PORTERO.) Avisad a todos que vengan: decid que es orden de la archimaga. (Vase el PORTERO.)

GARABITO.- Ni yo doy esa orden, ni necesito aquí a nadie, ni quiero sino soltar estos arrequives que me habéis encajado... por sorpresa. Dale con archimaga aquí; archimaga allá; despache usted esto, entérese usted de lo otro... ¿Cómo diablos os he de decir que no soy la tía Marizápalos?

SECRETARIO.- ¿Y cómo se lo queréis persuadir a vuestro secretario íntimo?

GARABITO.- Me tenéis ya frito, señor secretario.

SECRETARIO.- Esa es una metáfora; pero si persistís en tan ridículo empeño, se os freirá positivamente.

GARABITO.- ¿Cómo?

SECRETARIO.- En la caldera de los conjuros. Esa pena imponemos a los dignatarios recalcitrantes.

GARABITO.- (Aparte. Para el pícaro que haga dimisión por ahora.)

BRUJO 1º.- (Que sale corriendo tras una joven.) Una contradanza conmigo, mi diosa.

LA JOVEN.- No, que reñirá mi marido.

BRUJO 2º.- (Corriendo tras una vieja.) Un fandango, abuela. Vamos, que ese cuerpecito pide guerra todavía.

LA VIEJA.- Déjeme en paz, mostrenco.

VOCES DENTRO.- ¡Aquí, aquí! (Sale un tropel de brujos y brujas voceando y tocando varios instrumentos, como bandurrias, panderetas, gaita, triángulo y castañuelas. Algunos bailan. Palmadas: cesa la música.)

SECRETARIO.- Basta ya de broma. Guarden los socios orden, si quieren.

GARABITO.- Guarden silencio las socias, si es posible.

LOS PORTEROS.- (Haciendo sonar sus mazas huecas.) Atención.

SECRETARIO.- (A GARABITO.) Subid a vuestro puesto.

GARABITO.- (Aparte al SECRETARIO.) Pero, secretario... si mis achaques me han barajado la memoria.

SECRETARIO.- No se admite disculpa. Habéis visto los expedientes y habéis repasado el proyecto de arenga: dadnos esta vez, que será la última, el gusto de veros desempeñar vuestras funciones directivas.

GARABITO.- (Aparte. ¡Ay! Dios me la depare buena.) (Sube a un pedestal que hay en medio del teatro.) Brujos y brujas de todos los aquelarres de España, se da principio al conciliábulo.

LA JOVEN.- No hurgue la vieja.

LA VIEJA.- No se eche encima la mocosa.

BRUJO 1º.- (A un BRUJO muy despilfarrado.) Colóquese en su grupo; los de aquí gastamos medias de seda.

LOS PORTEROS.- (Haciendo ruido con sus mazas.) Atención.

GARABITO.- (Aparte. ¿Cuál es el primer punto? ¡Ah! ya estoy.) Sabios compañeros... La hora en que el ejercicio de la hechicería se abandone para siempre en España, va a sonar al instante. Escrito estaba, como sabéis, en nuestros libros proféticos, que nuestra secta cesaría de existir en la península, cuando desapareciese la valla natural que la divide del continente.

Esta condición está ya cumplida. Diez años há que el rey de Francia pronunció aquellas fatídicas palabras: «ya no hay Pirineos».

BRUJO 2º.- Pido que se averigüe la verdad del hecho.

GARABITO.- Aquí no se viene a averiguar verdades.

BRUJO 1º.- Fuera el que interrumpa.

TODOS.- ¡Fuera!

LOS PORTEROS.- Orden.

GARABITO.- Yo, que vi bambolear en sus cimientos el alcázar de la magia, quise evitar que pereciésemos entre sus escombros: quise más; quise que de la ruina del arte naciese la prosperidad de los que lo profesaban; quise, en fin, que renunciando a ser brujos, nos dedicásemos a hacernos ricos, y que en lugar de chupar la sangre a nuestros contrarios, trasladásemos a nuestros bolsillos el oro de sus gavetas.

BRUJO 2º.- ¡Cómo lo parla!

BRUJO 1º.- ¡Cómo rebuzna!

TODOS.- (A un tiempo.) Silencio. Orden. Chito. Callen ellas. Callen ellos.

GARABITO.- (Dando una gran voz.) Callen los que mandan callar. (Se restablece el silencio.) Mi proyecto fue admitido con entusiasmo; y cuando pasado el tiempo prescrito para darle felice cima, os reúno en estas catacumbas, sobre las cuales se extienden los célebres campos de Barahona, en vuestros ojos, en vuestros vestidos, en vuestros ademanes descubro, enajenada de júbilo, el orgullo, la petulancia, el sobrecejo insultante que caracterizan al hombre que de pobre ha pasado a opulento.

BRUJO 1º.- Eso se podía suprimir.

BRUJO 2º.- Aquí no se viene a averiguar verdades.

ALGUNOS.- Que se llame al orden a la archimaga.

SECRETARIO.- (Aparte a GARABITO.) Usad del gran recurso.

GARABITO.- ¿Y cuál es? ¿Emprender a palos con ellos?

BRUJO 1º.- Propongo un voto de censura.

MUCHOS.- Apoyado.

GARABITO.- (Después de haber hablado en secreto con el SECRETARIO.) Silencio. Yo empuño el bastón de archimaga todavía, y si me faltan al respeto... ¡voto al marqués de Villena!... (Suena dentro un estrépito horroroso: los BRUJOS caen aterrados al suelo.)

TODOS.- Perdón, perdón.

GARABITO.- Alzad, y no me obliguéis a repetir ese juramento terrible que hace estremecer las puertas del infierno. (Repítase el estruendo, pero menos fuerte.) Visto ya que no se halla entre vosotros ninguno tan estúpido que no haya sabido enriquecerse a costa ajena, sólo me falta averiguar las profesiones que algunos socios han elegido. Cornelio Trapisonadas, ¿con qué modo de vivir se ha disfrazado?

BRUJO 3º.- Soy casamentero.

GARABITO.- Judas Sanguijuela.

BRUJO 4º.- Escribano real.

GARABITO.- Mitatías Garrones.

BRUJO 5º.- Usurero.

GARABITO.- Dimas Tragaldabas.

BRUJO 6º.- Asentista de todos los ejércitos beligerantes.

GARABITO.- Toribio Pichote.

BRUJO 7º.- Poeta.

TODOS.- Fuera, fuera el profano.

GARABITO.- Nuestro instituto no permite a ningún socio ejercer una profesión indiferente. Desde la de holgazán pensionado hasta la de sacamuelas, hay mil empleos en que hacer daño a la sociedad, cuyo azote somos. Elegid uno de ellos.

BRUJO 7.- Voy a escribir en comedias la vida del hombre malo.

GARABITO.- Eso es distinto. Entontecer y desmoralizar al público es una obra meritoria para nosotros. Último punto. (Aparte al SECRETARIO. ¿Cuál es el último punto?)

SECRETARIO.- Lo de la botella...

GARABITO.- ¡Ah! Sí; tengo esta cabeza perdida.- En esa redoma yace, cual sabéis, encantado el reformador de la magia en Castilla, el célebre don Enrique de Aragón, marqués de Villena. (Todos los BRUJOS hacen una profunda reverencia.) Traslada esa ampolla desde Madrid a este sitio por los espíritus inf... por los espíritus nuestros auxiliares,

dejando en su lugar otra para que el insensato vulgo la hiciese añicos, ha permanecido largos años intacta. En el momento en que una mano atrevida quebrante ese vaso, volverá el marqués de Villena a contarse en el número de los vivientes. Habiendo vosotros... habiéndonos nosotros servido de la magia para fines distintos de los que se propuso aquel hombre singular, que empleó neciamente su saber en beneficio del mundo, de temer era que si le libertábamos de esa estrecha cárcel, nos castigase por haber desnaturalizado la índole de su doctrina. Propongo, pues, que la redoma encantada quede en este paraje hasta la consumación de los siglos.

TODOS. Aprobado.

GARABITO.- (Aparte. Abreviemos la despedida.) Secuaces de Merlín, hijos de Celestina, soltad ya de las manos el cetro con que mandabais a la naturaleza. Gozad de los bienes que os procuró vuestra industria: ellos os harán respetar de los mismos a quienes habéis despojado; y al bajar a la tumba, la necia posteridad, lisonjera siempre con el poderoso, estampará en vuestra losa con el oro que usurpasteis pomposos letreros en alabanza de virtudes que jamás habréis conocido. Libres sois, compañeros, libres sois, espíritus que nos habéis asistido. (Unas figuras aladas vuelan.) La secta de los brujos queda para siempre disuelta en España. (Rompe el bastón, se baja del pedestal y deja las demás insignias archimágicas.)

BRUJO 1º.- (Al que tiene a su lado.) Usted me insultó en Zugarramurdi.

BRUJO 2º.- (A otro.) Usted se había propasado conmigo.

BRUJO 3º.- (Al 1º.) Usted me debe y no me paga.

UNA BRUJA A OTRA.- Ella será la puerca.

BRUJO 1º.- (Al 3º.) Satisfacción.

BRUJO 2º.- Explicación.

BRUJO 3º.- (Al 1º.) Mi dinero.

BRUJA.- Mi limpieza.

MUCHOS.- Fuera, fuera.

ALGUNOS.- Aquí ya nadie manda.

OTROS.- Cachete y tente perro.

TODOS.- Afuera, afuera.

(Riñen todos unos con otros y salen aporreándose.)

Escena IX

GARABITO.

GARABITO.- Ya salí del apuro. No: en llegando a Madrid, me voy derecho a la buhardilla de la tía Marizápalos a ver qué riquezas había adquirido. Esto se entiende si no han acudido antes los alguaciles, porque oliendo que chupar, andan más listos que los brujos. ¿Pero cómo me dirijo yo ahora a Madrid? Esa familiota ha renunciado solemnemente a la hechicería; pero su primer dignatario hechizado se queda. Derechos adquiridos, que se respetan en esta revolución. Sirvámonos de las noticias que se me han dado. Consultemos al protomaestro de la facultad. Aquella es la redoma encantada, donde está en forma de álcali volátil el marqués de Villena: restituyamos al mundo un hombre de bien; no abundamos hoy día tanto, que uno más nos estorbe. (Coge del suelo un pedazo del bastón de archimaga.) A la una, a las dos: ¡pum! (Rompe la redoma. Sale de ella una llama primero, y humo después que se va aclarando y dejando ver la figura de DON ENRIQUE.) ¡Calle! Pues se ha disipado; se conoce que la tal combinación mágica se había desvirtuado con el tiempo. Pero no: allí distingo no sé que pajarraco, que casi tiene figura humana. Sí, cada vez lo veo más claro, Él es... digo, él puede ser, que yo no he alcanzado los tiempos de su señoría. (DON ENRIQUE baja del nicho al tablado.)

Escena X

DON ENRIQUE.- GARABITO.

ENRIQUE Deste paraje non guardo
membranza. ¡Dios eternal!
¿Dó esto? ¿Qué ha sido de mí?
Melendo, Nuño, Ferran...-
Ningún servidor me acude. 5
Dormir he debido asaz.
Vos, ¿quién sodes?
GARABITO (Aparte. Yo no entiendo)

pizca de tal guirigay.)

Si usted pregunta quién soy, 10

le diré en primer lugar

que no soy lo que parezco.

ENRIQUE ¿En qué parla me fablais?

De lueñe venís, la fembra

de arreo descomunal. 15

GARABITO Arreo es cosa de bestias

y bien que pobre pelgar,

nombre de azuda cabeza

por todo Madrid me dan.

ENRIQUE ¿Esto es Madrid?

GARABITO

No señor, 20

es Barahona.

ENRIQUE

¿Do yaz

la caverna en que se ayuntan

los nigromantes?

GARABITO

Cabal.

ENRIQUE

(Aparte. A las mientes se me viene

la mi redoma, mi gran 25

encantamento...) ¿Cuál año

corre de la era volgar?

GARABITO Mil setecientos y diez,

si no miente el almanac.

ENRIQUE ¡Oh triunfo del mi saber! 30

Sciencia fallada por Cam,

yo a la perfición te aduje,

yo fiz que nadie faz.

Ves, don rey de las esferas,

cuyo dedo es el pilar 35

do asienta la pesadumbre

de la máquina mundial,

de finojos vos adoro:

mi superbia perdonad.

Cá, señor, ¿quién se guaresce 40

de un tanto de vanidat,

si torna en aquesta guisa

a ver la lumbré solar?

Docientos setenta y tres

años he posado en paz 45

en mi escondrijo.

GARABITO

Ha sido

una siesta regular.

¿Y despierta usted con toda

su mágica habilidad?

ENRIQUE ¿Qué cosa es usted?

GARABITO

Usted... 50

es... usted...cuando yo a hablar
me pongo con él,... soy yo,
si me habla un pelafustan;
y él y todos son ustedes,
si se lo quieren llamar. 55

ENRIQUE Dios me fine, buena vieja,
si vos entiendo.

GARABITO Alto allá:

si soy vieja, es que me han hecho
que me mature en agraz,
envolviendo en esta cáscara 60
un hombre como un varal.

ENRIQUE Ruminad lo que fablades.

¿Traen en aquesta edad
los varones de Castilla
ese aparejo?

GARABITO No tal; 65

pero hace poco me di,
bien contra mi voluntad,
un baño en cierto calducho,
preparación infernal
que una bruja en su tejado, 70
tenía puesto a enfriar;
y míreme usted trocado
en ella y sin más ni más.

ENRIQUE (Aparte. El mi anillo prepotente
ganoso estoy de probar.) 75

Criatura contrafecha,
torna a tu ser natural.

(Desaparecen los vestidos femeniles de GARABITO, quedando en su traje ordinario.)

GARABITO ¡Ajajá! Ya me conozco.

Sentía una frialdad
antes en la sangre... ahora 80
no, hierve como un volcán.

Mil gracias, señor marqués;
no se muera usted jamás.

Usted es hombre de pro:
bien hice yo en quebrantar 85
su redoma.

ENRIQUE ¿Que tú fuiste?

Gualardonarte me cal.

Garzón bien queriente mío
demándame a tu solaz,
y en acudir al tu gusto 90
mi prestedumbre verás.

GARABITO A un conde que sin razón
me ha mandado apalea,

quisiera yo darle... así...
una lección de moral, 95
para que a la pobre plebe
tratase con caridad.

ENRIQUE ¿Tú eres pechero?

GARABITO Artesano.

ENRIQUE ¿Pobre?

GARABITO Cuanto gano el pan.

ENRIQUE ¿E a un grande aborresces?

GARABITO Pues, 100

y por él a los demás.

ENRIQUE Grande ansimesmo so yo;
membrédeslo, don fulán.

GARABITO (Aparte.- ¡Bestia de mí! ¡A buena parte
vine mis quejas a dar! 105

Dos lobos de una camada
digo, ¿si se morderán?)

ENRIQUE Palos, desorejaduras,

azotamientos, e lo al
desta guisa, lo sufrían 110

antaño con homildat

los villanos, cá tal era

ley e usanza general.

GARABITO (Aparte. ¡Pues no hemos perdido poco
los pobres con no alcanzar 115

ese siglo!)

ENRIQUE Plazme empero

la hacienda averiguar

de esotro conde, e si peca,

punido de mí será.

¡Ah de los genios del aire 120

que obedescen mi mandar!

Sepades poner por obra

mis disinios.

VOZ DENTRO Ya lo están.

(Ábrese en el muro del fondo un boquete, y se ve al CONDE en su casa, acompañado de
DON GASPAR y DON RAMÓN.)

ENRIQUE ¿Cuál es tu inimigo?

GARABITO Aquél.

ENRIQUE Oigámosle en poridad. 125

Escena XI

GARABITO ¡Vaya un tío!
CONDE Ramón de padrino hará.
RAMÓN De sacristán si conviene.
GASPAR ¡Buen chasco se le previene
a esa necia! Rabiará 165
cuando averigüe el misterio.
CONDE Se le deja que alborote,
y luego le doy un dote,
o la llevo a un monasterio.
Por el logro de mis fines. (Brindando.) 170
GASPAR Por la simple que se vende
a sí propia.
ENRIQUE Yo por ende
la defiendo, malandrines,
mengua del nombre español.

(Ciérrase la abertura.)

Escena XII

DON ENRIQUE.- GARABITO.

GARABITO Y sepa, señor marqués, 175
que la Dorotea es
una chica como un sol.
ENRIQUE ¿Fermosa?
GARABITO Y noble y honrada.
ENRIQUE ¿Noble doncella otrosí?
GARABITO Sabe más que un zahorí. 180
ENRIQUE Será un tanto engorgollada.
GARABITO Si es la dulzura en persona.
ENRIQUE ¡Cuerpo de tal! Noble, esciente,
garrida, honesta e placiente...!
Meresciera una corona. 185
GARABITO Pues nada pondero.
ENRIQUE Aína
faz el encomio que dud
si con él similitud.
habrá la dama.
GARABITO Es divina.
ENRIQUE (Aparte. Sabrelo, en tanto que fablo 190
contigo mesmo, a socapa.)

(A una señal de ENRIQUE se hace en el foro una abertura pequeña, donde se ve el rostro de DOROTEA.)

¡A fe que es moza de chapa!
GARABITO ¿La ve usted? ¿Dónde?

(Mira al fondo, y en lugar del rostro de Dorotea, se le aparece un feo mascarón.
GARABITO aparta la vista espantado.)

¡Huy! ¡Qué diablo!

(El busto de DOROTEA vuelve a parecer.)

ENRIQUE Estrellas sus ojos son,
su semblanza toda un cielo. 195
GARABITO (Aparte. Capaz era ese mochuelo
de asustar a san Antón.)
ENRIQUE Ya es forzado que me nombre
captive suyo.
GARABITO (Aparte. ¿Habrá visto
él lo que yo?

(Vuelve a mirar, y aparece otra figura horrenda.)

¡Jesucristo! 200
¿De qué se enamora este hombre?

(Cubrese la apariencia.)

ENRIQUE Ora pues, al conde trato
befar; mas empeño es mío
que non paras man vacío
de mí, ca non soy ingrato. 205
Tres cosas en tu magín
discurre, e dartelas hé.
GARABITO ¿Tres? Pensaré, pediré,
y no pecaré de ruin.
¡Tres deseos! Doy un susto 210
mañana a Madrid, lo espanto.
¡Jesús! ¡Si me ocurre tanto...!
¡Qué barbaridad! ¡Qué susto!
Ya el gozo me tiene chispo.
Adiós, plomo; adiós, pizarra. 215

De aquí he de salir, no marra,
lo que menos arzobispo.
Tres cosas pedir intento,
con las cuales, ni al villano
envidie su cuerpo sano, 220
ni a la virtud su contento
ni los deleites al rico
con que la suerte le adula.
Para contentar su gula
sudan esteva y pellico, 225
y el caudal de un pueblo entero
en un plato lo devora. (Bosteza.)
Un hambre me da, que ahora
me tragaría un carnero.

(Aparece en el aire un plato enorme con un carnero asado.)

ENRIQUE Primer deseo cumplido. 230
GARABITO ¡Mentecato de mí! ¡Bruto!
Por un antojo sin fruto
mil venta jas he perdido.
¿A quién sino a mí le asalta
ese bestial pensamiento? 235
La cola para jumento
es sólo lo que me falta.
ENRIQUE Dóitela pues.

(Vuela el plato, y sáele a GARABITO una cola de asno.)

GARABITO ¡San Millán!
Hacia el fin del espinazo
he sentido un embarazo... 240
(Viéndose la cola.)
¡Pues cierto que estoy galán!
¡Cielos! ¿A quién el destino
con tanto rigor aqueja?
Ya me transfiguro en vieja,
ya me injertan de pollino. 245
¿Qué he de hacer yo, Dios eterno,
con esta superfluidad?
ENRIQUE Quédate una voluntad.
GARABITO Vaya la cola al infierno.

(Se abre un escotillón, por el cual asoma un diablillo, que arranca la cola a GARABITO.)

ENRIQUE Ya mi debda satisfiz. 250
GARABITO Y a poca costa.
ENRIQUE Magüer
complí, farete placer.
¿Qué cobdicias?
GARABITO Ser feliz.
ENRIQUE Aqueso sin mí lo has.
Agrádate de tu estado, 255
e cuéntate afortunado.
GARABITO Deseara yo además...
ENRIQUE ¿Dineros?
GARABITO Algunos.
ENRIQUE Esa
piedra es tuya.
(Señálale un pedestal.)
GARABITO ¡Gran tesoro!
ENRIQUE Cátala bien.
(El pedestal se convierte en oro.)
GARABITO ¡Cómo! ¿Es oro? 260
ENRIQUE Oro.
GARABITO ¿Y es mío?
ENRIQUE Sí.
GARABITO Pesa
mucho para que de aquí
pueda ni movella yo.
ENRIQUE ¿Levarla non puedes?
GARABITO No.
ENRIQUE Ella, pues, lévete a ti. 265
(El pedestal se lleva a GARABITO.)

Escena XIII

DON ENRIQUE.

ENRIQUE Espritos del aire, cual él de sotiles,
que al home enseñades, burlándole al par,
viandante yo agora por nuevos carriles,
atáñevos ende mi planta guiar.
Si el cuento a mis años me plugo alongar, 270
cobdicia me priso de honesto placer;
mi vida segunda comience a correr
veyendo mi pecho su afán alcanzado,
su afán sempiterno de ser bien pagado

de amante hermosa, e firme mujer. 275

(Se ha abierto el foro: una porción de genios alados rodea a DON ENRIQUE; condúcenle a la abertura de donde salieron y le colocan en un carro aéreo que le saca del subterráneo.)

Acto segundo

Decoración de jardín magnífico. Dos pedestales a los lados y uno en el fondo: sobre cada uno de los primeros hay un jarrón, sobre el último una esfinge. Bancos de piedra, asientos rústicos, & c.

Escena I

DON ENRIQUE.- GARABITO.

GARABITO ¿Conque renuncia usted a la sorpresa
que al mundo causaría
revelando su nombre verdadero?

Bien hecho podrá ser; pero me pesa.

ENRIQUE Me sobra con mi antigua nombradía; 5
solo felicidad es lo que quiero.

GARABITO Nuestro secreto morirá conmigo,
aunque en hacerlo público tenía
el interés de parte y de testigo.

ENRIQUE Un siglo no es bastante, 10
contando a maravilla por instante,
para gozar completo el portentoso
espectáculo nuevo
que a tu mano benéfica le debo.

Álzate del sepulcro tenebroso, 15
ruda generación, cuya demencia
confundiendo el saber con los delitos,
a ceniza redujo mis escritos:
contempla de otra edad en la experiencia
los magníficos frutos de la ciencia. 20

Cruza Colón las indomadas olas
del férvido Océano,
y allá en un mundo incógnito su mano
pone audaz las banderas españolas;
abre a la ilustración canal inmensa, 25
productora múltiple la prensa;

la cristalina lente,
por el cielo esplendente
siguiendo el giro de sus luces bellas,
avecina del suelo las estrellas; 30
la mal disfrazada alegoría,
tímido ensayo de la pluma mía,
de interés, de verdad, de pompa ornada,
ya de puñal armada,
ya tomando la máscara risueña, 35
deleite ofrece a sentimiento y juicio,
y en ingeniosas fábulas enseña
respeto a la virtud, horror al vicio.
¡Siglo feliz, que con veloz progreso
ves a la perfección en todas partes 40
las costumbres correr, las ciencias y artes!
GARABITO Pues a un decano váyanle con eso.
Mátenme si no jura por su vida
que sólo allá, cuando su edad florida,
pudo haber en España cosa buena. 45
ENRIQUE La vejez en su ciego rigorismo
ya de placer ajena,
todo lo nuevo con afán condena.
Dura, desmemoriada, intolerante,
siempre será lo mismo 50
que antes y en tiempo de don Juan Segundo,
mientras existan Juanes en el mundo.
Sabe más en el día un estudiante
a los seis años que lecciones toma,
que (fuera de la magia, por supuesto) 55
yo cuando prepara ha mi redoma.
GARABITO Y por más que prediquen, algo es esto.
ENRIQUE Una fregona de hoy cuando se aliña,
manto luce y basquiña
que, aunque no soy en la materia ducho, 60
creo que codiciádoslos hubiera
la marquesa mi esposa, que Dios haya.
GARABITO Y digan lo que quieran, esto es mucho.
ENRIQUE Mengua el delito y se le tiene a raya;
no tan ceñuda ya ni tan austera, 65
la virtud se reviste de dulzura;
y ocupando su puesto la hermosura,
la hace el hombre de esclava, compañera.
La guerra, vuelta la morisca prole
al árido confín que origen diole, 70
menos bárbara es y, menos impía.
GARABITO No nos falta materia para lloros;
tudesquitos tenemos todavía,

que hacen mas daño que si fueran moros.
¿Cómo no echa usted mano de sus untos, 75
y a rebeldes y aliados, todos juntos,
no los coge y estrella de un porrazo
en la cumbre del monte Chimborazo?
ENRIQUE Ya la suerte del trono don Felipe
dejó en Villaviciosa decidida: 80
nube será que leve se disipe,
la furia de la hueste fratricida.
Próxima está la paz, y la campaña
tenido hubiera duración más corta,
si no fuese destino de la España 85
no conocer jamás lo que le importa.
Ésta mi suerte fue también un día,
y me costó el error perder estado,
y honra y felicidad. Escarmentado,
vuelvo por fin a la segura vía; 90
y en el presente empeño,
la postrimera vez será sin duda
que a mis recursos mágicos acuda.
De numerosas posesiones dueño,
donde practique la virtud sin brillo; 95
retirado tal vez en un castillo,
en la corte tal vez y en esta aldea,
desconocido viviré en reposo,
felicísimo esposo
de mi dulce y hermosa Dorotea. 100
GARABITO ¡Qué ajeno estará el conde
de la función que aquí se solemniza!
¿Cómo ha de imaginarse, ni por dónde,
que la boda que en falso preparaba,
usted la realiza, 105
tomando su figura, nombre y traje?
Bramando de coraje,
vagará por Madrid, buscando el coche
que llevó a ustedes a casarse anoche.
ENRIQUE Castigo merecieran más severo 110
que usurparle la dama, sus deslices.
GARABITO Díganlo mis costillas infelices.
Mas todavía desquitarme espero.
ENRIQUE Desecha pensamientos inhumanos:
vengarse es el placer de los villanos. 115
GARABITO Esa razón me favorece al doble:
ni el conde muestra ser, ni yo soy noble.
ENRIQUE Culparán en la sala mi tardanza
los convidados ya. Toma: te dejo
mi talismán, mi poderoso anillo, 120

que te dará completa semejanza
con don Laín...

GARABITO El traducirme en viejo
no me divierte, vamos.

Que usted se cambie en otro es muy sencillo,
porque no es un adonis que digamos; 125
pero yo...

ENRIQUE En mí ¿qué ves?

GARABITO Reproducido
miro al conde que causa mis enojos.

ENRIQUE Pues yo sólo he mudado de vestido:
la ilusión no está en mí, sino en tus ojos;
y así, sin que en tu ser mudanza se haga... 130

GARABITO Si es usted el mismísimo Viznaga.

ENRIQUE Te lo parece; pero visto fuera
de la mágica esfera,

igual se presentara mi persona,
que allá al resucitar en Barahona. 135

GARABITO ¡Buena igualdad, por Dios! Cuando una dama
con usted se desposa, persuadida

de que es el conde a quien amante llama,

¿puede una cara haber más parecida?

¿Cabe más fiel traslado? 140

Larguirucho, delgado,

un poco saltarán, el pelo en roscas...

(DON ENRIQUE se ríe.)

ENRIQUE Aleja al mayordomo si llegare.

GARABITO De buena gana; pero usted repare...

ENRIQUE A Dios. (Vase.)

GARABITO Hecho me deja un papamoscas. 145

Escena II

GARABITO.

GARABITO ¿Y porque y me adorne mi meñique

con este anillo, de tan mala vista,

que no diera por él un diamantista

para tres cuarterones de alfeñique,

sin mudar ni una pinta mi pellejo 150

me han de trocar con don Laín Cornejo?

Me parece que en esto don Enrique,

mal que le pese a su prudencia toda,

discurrió... como novio en tornaboda.

Un farolón apuesto de rosario 155

a que si un tocador tuviera enfrente,
ni un pelo me veía diferente.

(Diciendo esto se coloca delante del pedestal izquierda, que se convierte en un espejo donde aparece DON LAÍN de cara: el pedestal de la derecha le representa de espaldas.)

¡Válgame San Macario!
¿No es aquél el vejete estrafalario,
de Pascuala dignísimo pariente? 160
¡Calle! ¡Y me copia cada movimiento!
¿Me hace usted burla? Cuenta, no le tire
por la caricatura,
un guijarro a los dientes.- ¡Qué jumento!
Dice bien el marqués: si es la figura 165
que en mí tiene que ver el que me mire.

(Adelántase un poco hacia el proscenio, y desaparece la imagen de DON LAÍN en ambos espejos.)

¡Semejanza cabal es la que tomo,
por cierto, con el rancio mayordomo!

(Retrocede, y vuelve a verse la figura de DON LAÍN en los dos espejos.)

¡Y tengo aquí a Pascuala,
que ha venido a la boda de su amiga! 170
De su traición el cielo la castiga.
Para vengarme, la ocasión no es mala.
Estaba de tus ojos escondido
porque no peligrase la tramoya;
mas ya, infiel, que remedo a tu marido... 175
Juro acatar tus vínculos legales;
pero donde te pesque... Allí arde Troya.

(Vuélvese de cara al pedestal de la derecha, y se ve en él de frente a DON LAÍN.)

Mis manos conyugales,
en tus lomos haciendo fiera riza,
vengarán tu traición y mi paliza, 180
lección que enseñe a toda bonetera
a no engañar al hombre que la quiera.-
Veamos en el ínterin si encuentro
para allá a don Laín.- Hétele dentro.

(Asoma DON LAÍN por el fondo, y se cierran los pedestales.)

Escena III

DON LAÍN.- GARABITO.

LAÍN.- (Aparte. A esta quinta se ha encaminado, según me dicen, el carruaje de Dorotea. Preguntemos.) Guarde Dios a usted, camarada.

GARABITO.- Servidor, hidalgo.

LAÍN.- ¿Podiera usted decirme si ha visto pasar un coche por estas inmediaciones?

GARABITO.- Una docena de ellos pararon aquí a mediodía.

LAÍN.- Pues no tiene traza de mesón este edificio.

GARABITO.- Yo lo creo: es el palacio del señor conde de la Viznaga.

LAÍN.- ¡Del señor conde de...! ¿A quién dice usted que pertenece esta finca?

GARABITO.- Dale. Al conde de la Viznaga.

LAÍN.- ¿Sabe usted que habla con quien tiene en la uña todas las posesiones del señor conde?

GARABITO.- Pues ésta se ha escapado de sus uñas de usted, amigo.

LAÍN.- Sin duda es compra muy reciente de su señoría; tan reciente acaso, que todavía no la habrá visto.

GARABITO.- Señor... cuando come hoy aquí... me parece...

LAÍN.- ¿Aquí está el señor conde?

GARABITO.- Hombre, usted se admira de todo. ¿Qué tiene de particular que un conde coma en su casa?

LAÍN.- Maldito; y tampoco lo tendrá que participe yo de su mesa. Con permiso de usted, mi dueño.

GARABITO.- ¿Adónde a usted tan diligente?

LAÍN.- A ver a mi amo.

GARABITO.- ¿Usted sirve al conde de la Viznaga?

LAÍN.- ¡Bueno sería que me lo quisiera usted disputar!

GARABITO.- Yo conozco a todos los dependientes de su señoría, y jamás he tenido el poco envidiable gusto de mirar ese coramvobis de fariseo.

LAÍN.- ¿Si querrá usted conocer a los criados del conde mejor que yo?

GARABITO.- ¿Pues quien es usted para conocerlos?

LAÍN.- Su mayordomo.

GARABITO.- ¿Su mayordomo?

LAÍN.- Sí señor, don Laín Cornejo.

GARABITO.- ¿Sabe usted que voy sintiendo una comezón irresistible de cargarle a usted de leña? (Toma de un banco un palo.)

LAÍN.- Haga usted por resistir la tentación, a lo menos hasta que yo sepa la causa.

GARABITO.- ¿Usted se atreve a usurpar el nombre de Laín Cornejo, vinculación de mi familia?

LAÍN.- Yo no usurpo nada a nadie: ese nombre lo he llevado yo desde el día de mi bateo.

GARABITO.- Mi opinión en este particular, es enteramente contraria, y va usted a probar el peso de mis argumentos. (Alza el palo.)

LAÍN.- Permítame usted le diga que esa lógica fulminante podrá dejarme sin costillas; pero no sin mi nombre.

GARABITO.- Yo tengo en la mano los medios de convencer a usted de su error.

LAÍN.- ¿Pero hombre, que le importa a usted que yo me llame don Laín, o Periquito Fernández?

GARABITO.- Sepa usted, para que se confunda, que quien se llama Laín Cornejo, quien es mayordomo del señor conde de la Viznaga, soy yo.

LAÍN.- ¿Usted? ¿Está usted seguro de ello?

GARABITO.- ¿Quién sino yo há diez años que reduce a la mitad las rentas del conde? ¿Quién le arruina y le presta a cincuenta por ciento el mismo dinero que le desfalca? ¿Quién le induce a que pase la vida entre banquetes, amoríos y jugadores, para que sus gastos se aumenten y no repare en las cuentas?

LAÍN.- ¡Dios de Israel! Si este hombre no es don Laín, ¿cómo sabe tanto? Sobre que ya voy teniendo dudas... Y en verdad, ahora que reparo en él, que se parece a mí como se parecen dos cosas cuando son iguales. Con todo, yo creo que yo soy yo, soy Laín todavía.

GARABITO.- La prueba. ¿Conoce usted a un gallardo mozo cuya fama vuela por las ventanas de la corte, llamado Garabito?

LAÍN.- Sí señor que le conozco. ¿Y qué?

GARABITO.- ¿Y quién es ese hombre?

LAÍN.- Un majadero de a folio.

GARABITO.- No preste usted a nadie cualidades propias: yo hablaba de su ejercicio.

LAÍN.- Es vidriero... y torpe, y carero y descortés.

GARABITO.- Usted parece de su oficio según le elogia. ¿Qué ha trabajado para el conde?

LAÍN.- Valor de ochenta pesos, que le han sido pagados con ochenta palos a propuesta mía, y en virtud de decreto verbal del conde.

GARABITO.- ¡Oiga! Y ¿qué ha hecho usted de la novia del susodicho?

LAÍN.- Mi mujer.

GARABITO.- Y con respecto a él, ¿se ha encargado usted siquiera de algún negociado?

LAÍN.- De enviarle a ganar un curso de rebenque bajo la dirección de un cómitre de buenos humos.

GARABITO.- ¿Sí, eh? -Viejo canalla, recibe el premio de tus bellaquerías. (Le apalea.)

LAÍN.- ¡Ay, ay! ¡Favor! ¿No hay quién me socorra? Aquí me refugio. (Súbese al pedestal de la esfinge, la cual le echa al cuello una guirnalda que tiene en las manos, y le sujeta.)
¡Dios mío! ¡Hasta los bultos de piedra se levantan contra un pobre mayordomo! ¡Piedad!
¡Misericordia! Por nuestra señora del Fresno, por el señor atado a la columna...

GARABITO.- ¿Es usted don Laín todavía?

LAÍN.- No señor, ya no soy más que un hombre molido a palos. (Bájase.) Sus argumentos de usted me han hecho conocer que me he equivocado de nombre hasta el día de la fecha.

GARABITO.- ¿Volverá usted a usar el mío?

LAÍN.- No señor, a fe de Laín Cornejo.

GARABITO.- Pícaro, toma, para que tengas memoria.

LAÍN.- San Dimas, favorecedme. (Huye.)

Escena IV

PASCUALA.- GARABITO.

PASCUALA ¡Qué alboroto! Yo sin duda
que os mataban me creí.

GARABITO ¿Y te hace salir aquí
la gana de verte viuda?

PASCUALA Desatender es mejor 5
a quien en locuras da.

¿Tenéis acaso hecho ya
testamento a mi favor?

¿Y cómo es que habéis venido
aquí contra mi mandato? 10

Cuando de esparcirme trato,
lejos de mí mi marido.

Lo tengo dicho mil veces.

GARABITO Yo lo escucho la primera.

PASCUALA Os faltaba la sordera, 15
tras tantas ridiculeces.

GARABITO (Aparte. Para enfilar una riña,
se va preparando bien.)

Y dígame usted: ¿a quién

se figura que habla, niña? 20

PASCUALA Al hombre que se obligó
con toda formalidad
a no tener voluntad,
porque le sufriera yo.

GARABITO No consiento que me roben 25
mis derechos maritales.

PASCUALA Tenéis setenta cabales,
y habéis casado con joven.

Por eso, vuestro deber
es contemplar mis antojos 30
y adivinar en mis ojos
indicios de mi querer.

Solamente puedo así
no echar menos los amantes
que me pretendieron antes 35
que os acordarais de mí,
y me amaban con pasión,
y siempre me obedecieron,
y sólo pintado vieron a don Pedro Calderón.

GARABITO ¡A un hombre de mi calibre 40
decir desvergüenza tal!

PASCUALA ¡Eh! Déjeme el carcamal
hoy de su presencia libre.

GARABITO Tú te propones hacerme
que te mida las espaldas 45

PASCUALA Guardad respeto a las faldas:
no despertéis a quien duerme.

Mirad que diré clarito
porque a Lucifer os deis,
que ni besar merecéis 50
donde pisa Garabito.

GARABITO ¡Qué oigo!

PASCUALA Es un bobalicón
a quien no estuviera mal
ir atado de un ramal,
a beber en un pilón; 55
pero a una mujer la esponja
mucho el mimo y el regalo;
y él por mí...

GARABITO (Aparte. Dé usted un palo
después de tanta lisonja!)

PASCUALA Siempre un mozo es muy distinto 60
de un viejo.

GARABITO ¿Conque en resumen...?

PASCUALA Me agrada su chirumen,
más que vos, con tercio y quinto.

GARABITO ¡Qué es lo que oigo! ¡Voto a chápiro!
Y después del casamiento, 65

¿va por ventura en aumento
la aficioncilla al gaznápiro?

PASCUALA ¿Y qué tuviera de exótico,
si en vuestro genio ridículo
halla natural vehículo 70
todo capricho estrambótico?

De gruñir a troche y moche
no paráis en todo el día,
y a Garabito veía
más rendido cada noche. 75

Desde que en vos el autor
miro de su zarandeo,
ha subido vuestro leo
a la línea del horror.

¡Pobrecillo!

GARABITO Sí, vindicalo, 80
y a tu podrigorio, béfalo;
que es...

PASCUALA Un hurón.

GARABITO Un cernícalo.

PASCUALA Un avestruz.

GARABITO Un bucéfalo.

(Aparte. ¡Qué tarde mi amor se aprecia
tan fino, puro y brillante 85
como punta de diamante,
como cristal de Venecia!)

Milagro del Lavapiés,
buhardillero serafín,
no mires a don Laín 90

en el botarga que ves;
mira a una persona ambigua,
que une con prodigio nuevo
un corazón de mancebo,
y una cara de estantigua; 95
y aunque tu razón no entienda

de mi discurso el busilis,
ponle diques a la bilis,
suelta al cariño la rienda,
y halle en tus brazos hermosos 100
mi mal su dulce específico.

PASCUALA Proseguid, que va magnífico:
así han de ser los esposos;
y aseguro por mi honor,
que jamás os escuché 105
ponderarme vuestra fe

con tono tan seductor.

GARABITO En esa mano mi boca
temple del pecho la fragua.

PASCUALA Tomadla. 110

GARABITO (Aparte. Soy hombre al agua,
si me hace alguna caroca.)

PASCUALA Contenta de vos estoy.

Por el abrazo llegad;

es el primero en verdad 115

que de buena gana os doy

GARABITO (Aparte. Mujer del prójimo es,

si es prójimo quien me zurra;

pero es tan mona... tan curra...)

PASCUALA ¿Os disgusto?

GARABITO ¡Ay! Al revés. 120

PASCUALA ¿Qué decís entre vos?

GARABITO Rezo,

y digo...

PASCUALA ¿Qué?

GARABITO Que tú eres,

entre todas las mujeres,

de mi virtud el tropiezo.

PASCUALA Antes la virtud se paga 125

del cariño que os explico,

GARABITO (Aparte. Si no la convierto en mico,
mi resolución naufraga.)

PASCUALA ¿Conque un desaire...?

GARABITO ¿Qué dices?

PASCUALA Que hubiera sido insultarme, 130

rogar primero y dejarme

con un palmo de narices.

GARABITO Eso, diablo tentador,

(Asiendo el palo y amenazándola.)

tendrás.

PASCUALA ¡A mí tal injuria!

GARABITO Huye.

PASCUALA ¡Dios mío! ¡Qué furia! 135

GARABITO Huye.

PASCUALA ¡Socorro! ¡Favor!

GARABITO Pierda ese rostro, depósito

de fuego de amor volcánico,

pierda su influjo satánico,

no sucumba mi propósito. 140

PASCUALA ¡Socorro!

GARABITO Nadie te salva.

PASCUALA ¿No hay quien a librarme acuda?

GARABITO La ocasión es peliaguda;

pero yo la quiero calva.

(PASCUALA huyendo de GARABITO, pasa por detrás de un pedestal. GARABITO la ase del cabello que se le queda en la mano, y la fugitiva cruza el teatro calva, con una nariz enorme, y vestida de dueña.)

PASCUALA ¡Ay, ay, ay! (Vase.)

GARABITO Aseguré 145

mi virtud, he sido un santo:

no supo hacer otro tanto

el castísimo José. (Vase.)

Escena V

DON RAMÓN. DON GASPAR. DON ENRIQUE. DOROTEA. SEÑORAS.
CABALLEROS. CRIADOS.

GASPAR (Dentro.) Afuera: síganme ustedes
al jardín.

(Voces dentro.) Al jardín.

GASPAR (Dentro.) Ea, 150

dame ese brazo, Matea.

Tú, Ramón, a la Mercedes. (Salen.)

RAMÓN Con tiento, Gaspar, con tiento;

que era muy fuerte el Jerez.

GASPAR Perdonen por esta vez 155

las leyes del miramiento.

Ayer sin maravedí,

y hoy bien repleto el bolsillo

con la paga del castillo

que a nuestro amigo vendí, 160

justo es que bebiendo invoque

al numen de la alegría,

pues no hay boda sin orgía,

ni venta sin alboroque.

ENRIQUE Diles a esos aldeanos, (A un criado.) 165

si nos quieren obsequiar,

que vengan aquí a bailar.

GASPAR ¿Hay dancita de villanos?

Pues si me cansan, a fe

que desenvaine el acero, 170

y los arroje...

RAMÓN Primero

es que te tengas en pie.

ENRIQUE ¿Nada me dice mi hermosa
DOROTEA ¿No revela mi placer
esta frente ruborosa? 175

¿No ves en tu tierna esposa
la más felice mujer?

ENRIQUE Miro en tus ojos lucir
ternura y felicidad;
mas quiere mi vanidad 180
ufanarse con oír
tan lisonjera verdad.

DOROTEA Yo pidiera en premio justo
de esa verdad lisonjera
que mi esposo me dijera 185
el origen del disgusto,
que a veces su rostro altera.

ENRIQUE ¿Disgusto notas en mí?

DOROTEA Duda, inquietud...qué sé yo?

ENRIQUE No: tu amor se alucinó. 190

DOROTEA Me ha sonado como sí
el acento de ese no.

¿Estás pesaroso ya
de haber hecho mi ventura?

¡Oh! mira que te amaré 195
esta humilde criatura...
cual no se estila quizá.

Pues de lo que llevo a ver
en mil casadas, colijo
que no suelen entender 200
un importante acertijo
que yo quiero resolver.

Pocas lágrimas derrama
por conyugales traiciones
mujer que de veras ama, 205
si sabe seguir de dama
después de las bendiciones.

Podrás responder esquivo
tal vez a mi fino amor;
mas no en mi labio festivo 210

sonará el acento vivo
del enojo y del dolor;
que a fuerza de desplegar
mis halagos y artería,
en ti volveré a mandar 215
y un año has de suspirar,
si me olvidas sólo un día.

ENRIQUE En prueba de ese poder
que no puedo resistir...

DOROTEA Me vas al punto a decir 220

lo que anhelo por saber,
aunque lo haya de sentir.

ENRIQUE Me acosa un triste desvelo.

DOROTEA ¿Qué es lo que te sobresalta?

ENRIQUE ¡Será tal mi desconsuelo, 225
si un día tu amor me falta!

DOROTEA Faltárale el sol al cielo.

ENRIQUE Puedo perder mis blasones...

DOROTEA ¡La pérdida es de llorar!

ENRIQUE Puede mi suerte cambiar, 230
y aun en otras mis facciones
se pudieran transformar.

DOROTEA ¡Qué temores tan extraños!
comunes a todos son

tales mudanzas y daños: 235

en mí verás con los años

la misma transformación.

ENRIQUE Si mi nombre o mi figura
fuese lo que en mí te agrada...

DOROTEA El nombre me importa nada 240

y en materia de hermosura,

no te cupo demasiada.

No te ofenda la franqueza

de un cariño verdadero:

lo que yo en mi esposo quiero 245

no es fausto, ni gentileza,

ni títulos, ni dinero:

quien merece mi afición,

no es el señor, sino el hombre

que me hace de su alma don: 250

quiero en él su corazón,

y allí no hay rostro ni nombre.

ENRIQUE Cesaron, ídolo mío,

mis amargas inquietudes;

a la suerte desafío, 255

pues tengo con tus virtudes

sujeto su poderío.

Dicha en la ciencia busqué,

y en la gloria y los honores:

¡ay! ¡cuánto me equivoqué! 260

La hiel de los sinsabores

en copa de oro apuré.

Que no es dichoso en la tierra

quien entre muros sombríos

montones de plata encierra, 265

ni quien vierte sangre a ríos

en los campos de la guerra,
ni quien a fuerza de dar
tormento al sabio discurso,
logró poder señalar 270
a las estrellas el curso
que en el cielo han de llevar.
Amor es el bien mayor
que en esta oscura morada
le dio al hombre su Hacedor, 275
que le formó de la nada
por un impulso de amor.
DOROTEA ¡Cuenta luego no imagines
que este bien muy débil es,
y a buscar otro te inclines! 280
ENRIQUE ¡Yo! (Tomándole una mano.)
DOROTEA Vienen los bailarines.
ENRIQUE ¿Piensas...?
DOROTEA Veremos después.

Escena VI

UN CRIADO. BAILARINES. ALDEANOS.- Dichos. (Los recién venidos saludan a los novios: las damas y los caballeros se sientan para ver el baile. Acabado éste, el criado entrega a un aldeano una bolsa de dinero que le ha dado DON ENRIQUE.)

EL CRIADO Esto el señor os regala.
Tomad.
EL ALDEANO ¡Que vivan los amos!
TODOS LOS ALDEANOS Vivan.
EL ALDEANO Venid y partamos. 285
EL CRIADO (A DOROTEA.) Señora, ya está en la sala.
el refresco.
ENRIQUE Vamos.
TODOS Vamos.

Entrada de un lugar.

Escena VII

EL CONDE. DON LAÍN.

CONDE Repito que estas beodo.

LAÍN Juro por treinta millares
de demonios, que siquiera
he...

CONDE Procura serenarte, 290
y dime...

LAÍN ¿Qué?

CONDE La verdad.

LAÍN Pero ¿cómo? ¿sin disfraces,
o callando lo que a usted
pudiera desagradarle?

CONDE Lo que te haya sucedido 295
quiero saber.

LAÍN Adelante.

Pregúnteme usted.

CONDE Anoche,
al punto que averiguaste
la fuga de Dorotea,
te encargué que la buscases 300
por aquí, mientras que yo
recorría otros lugares.

¿Qué fue lo que hiciste luego
que de mí te separaste?

LAÍN Renegar de usted cien veces, 305
y de su encargo.

CONDE ¡Vergante!

LAÍN ¿Incomodo por sincero?

Mentiré: nada más fácil.

CONDE ¡Buen ánimo de servirme!
Y por esos andurriales, 310

¿que te pasó?

LAÍN Andar a oscuras
hasta que el alba asomase.

CONDE ¿Y qué más?

LAÍN Tener un miedo...
colosal, inmensurable.

CONDE Ya: siempre fuiste un gallina. 315

LAÍN Caprichos con que uno nace.

A usted le gusta exponer
su pellejo; a mí guardarme.

CONDE Supiste qué dirección
tomó con su carruaje 320

la prófuga, y a esa quinta
cercana te encaminaste.

LAÍN Pues: me colé en los jardines,
sin que me tosiera nadie,
hasta que tuve un encuentro 325

fatal entre los fatales.
CONDE ¿Con quién?
LAÍN Con un hombre, con
una entidad improbable,
inverosímil, absurda;
pero que existe no obstante. 330
Con un don Laín Cornejo,
con otro yo, que más sabe
de negocios míos, que este
yo que tiene usted delante.
CONDE ¿A mí te vienes ahora 335
con simplezas semejantes?
LAÍN Señor, si es la verdad pura.
Yo que pensaba ignorante
que era no sólo don Laín,
original incopiable, 340
retruécano de Quevedo,
incapaz de trasladarse,
me vi en el jardín aquel
partido en dos ejemplares,
oración de dos personas, 345
la que padece y la que hace.
CONDE Barrabás que te comprenda.
Pero ve diciendo: ¿entraste?
LAÍN ¿Entrar? ni pisé siquiera
del palacio los umbrales. 350
CONDE ¿Por qué no?
LAÍN Porque intervino
un garrote en aquel lance,
que me hizo ver las estrellas
a la mitad de la tarde.
CONDE ¿Conque te han apaleado, 355
Laín?
LAÍN ¿Pero cómo? En grande.
CONDE ¿Y quién?
LAÍN Yo.
CONDE ¿Tú?
LAÍN Sí señor.
CONDE ¿Tú a ti mismo te zurraste?
LAÍN Distingo: yo zurró a mí;
al yo antiguo el yo flamante, 360
que según sienta costuras,
parece oficial de sastre.
CONDE Cargue el infierno contigo.
Y de Dorotea ¿hallaste
razón? ¿la viste?
LAÍN No he visto 365

sino la vara.

CONDE ¿Qué diantres
has hecho entonces?

LAÍN Yo, nada.
Dejar que me apaleasen
por servir a usted.

CONDE Si a alguno
la sarta de vaciedades 370
le has encajado que a mí,
poco era descuartizarte.-

¿Qué miro? ¿No es Dorotea
quien viene aquí?

LAÍN No hay escape,
Ella es... digo, si no hay otra 375
con quien pueda equivocarse.

Escena IX

DOROTEA. ALDEANOS.- Dichos.

ALDEANO Venga usted, verá el lugar.
Tiene reló, dos alcaldes,
y botica, y una fuente
de un agua muy saludable, 380
cuando mana.

CONDE ¡Dorotea!

DOROTEA ¡Tú por aquí! Vienes antes
de lo que yo me pensé.

CONDE ¡Hola! ¿Conque no dudaste
que te hallaría?

DOROTEA No tal: 385
tu deber era buscarme.
Quedamos en eso.

CONDE ¡Y qué!

¿Debí esperar encontrarte
aquí? ¿Para qué viniste?
¿Quiénes son esos patanes 390
que te acompañan?

DOROTEA (En voz baja al CONDE.) ¿No ves
cómo debiste escucharme
cuando te pedí en la mesa
que ya la copa dejases?

CONDE ¡Cómo!

DOROTEA Mira, vuelve a casa. 395

CONDE Gracias por el hospedaje;

pero ¿dónde vive usted?

DOROTEA Me figuré al desposarme,
que era la de mi marido
mi casa.

CONDE Como ese enlace 400
lo ignoraba yo...

DOROTEA Pues es
ignorancia bien notable
para un casado de anoche.

Tu memoria es hartó frágil.

CONDE ¡Yo estoy casado contigo! 405

DOROTEA ¿Será preciso que mande
a Madrid por la partida
de matrimonio?

(A los ALDEANOS.) Dejadme.

CONDE Laín ¿qué dices?

LAÍN Que sea
con muchas felicidades. 410

CONDE Dorotea, va tomando
giro tan extravagante

nuestro diálogo, que dudo
cómo contigo explicarme:

si me queje... si me olvide... 415

DOROTEA ¿No has olvidado bastante?

CONDE Dime: A estas horas ayer...

a ti y a la que de madre

te sirve, ¿qué dije yo?

DOROTEA Que aspirabas a casarte 420
conmigo...

LAÍN (Aparte. Pues: mintió mi amo,
y en mí la pena recae.)

DOROTEA Que querías en secreto

verificar nuestro enlace

en un castillo a la raya 425

de Portugal; que al instante

para salir de Madrid

dispusiese mi equipaje...

Te di las gracias.

CONDE Y yo

DOROTEA A poco, te retiraste. 430

CONDE Para volver en tu busca,

DOROTEA Y volviste, más amante

y tierno que nunca.

CONDE Pero...

DOROTEA Con Mercedes y su padre...

CONDE ¿Yo?

DOROTEA Y entonces me dijiste 435

que no era ya nuestro viaje
al castillo, sino aquí;
y que nuestros esponsales
se anticipaban... Parece
que oyes unas novedades 440
extrañas, según se pinta
la sorpresa en tu semblante.

CONDE Prosigue esa relación.

Prosigue, que no es en balde.

DOROTEA ¿Pues no te acuerdas?

CONDE De nada. 445

DOROTEA ¿Padeces algún achaque
para...?

CONDE Sí. (Aparte. Celos, furoros.)

DOROTEA (Aparte. Si es un capricho sigámosle,
si es distracción, pasará.)

LAÍN (Aparte. ¿Habrá habido dos galanes,
como hay dobles mayordomos?)

CONDE Haz que mi ansiedad acabe. 450
Di. Sigue.

DOROTEA En cuatro palabras
está contado el pasaje.

Marchamos a la parroquia...

Allí, puedo asegurarte
que no sé qué me pasó. 455

Mi felicidad tan grande,
mi mérito tan humilde,
tu nobleza, los desaires
conque un día recelosa

hice de tu amor examen... 460

¡Oh! Mil recuerdos a un tiempo
con repetidos ataques
el corazón asaltaban,
sólo por ti palpitante.

CONDE Al hecho sin digresiones. 465

DOROTEA ¿Te incomoda este lenguaje?

CONDE No. (Aparte. Yo rabio.)

DOROTEA Desde allí,
con nuestros acompañantes
fuimos...

CONDE ¿A dónde?

DOROTEA A tu casa.

LAÍN No era hora de pasearse, 470
sino de tomar los dulces...

CONDE ¿Quieres callar, badulaque?

DOROTEA Sobre cena se trató
de venir a este paraje

a divertirnos, saliendo 475
muy de madrugada...

CONDE (Aparte. Casi
creo que se ha vuelto loca.)

DOROTEA Lo demás...

LAÍN Está al alcance
de cualquiera: se retiran,
tras mil importunidades, 480
convidados y padrinos,
el teniente y el sochantre...

CONDE Y quedamos...

DOROTEA Con mi abuela.
Lloraba la pobre a mares
de alegría, y me abrazaba... 485
y tú también me abrazaste.

CONDE Y tú...

DOROTEA Porque no creyeras
que era ingrata a tus bondades...

CONDE ¿Ceñiste mi cuello?

DOROTEA Gracias
a Dios, que al fin te acordaste 490
de algo.

CONDE ¡Infeliz! O me vendes,
o te ha engañado un infame.

DOROTEA ¡Conde!

CONDE Algún vil impostor,
con incomprensibles artes,
ha conseguido sin duda 495
burlar de mi amor los planes.
Ni anoche te hablé, ni tengo
por aquí mis heredades,
ni soy tu esposo.

DOROTEA Esa farsa,
señor conde, ¿qué carácter 500
tiene?

CONDE Terrible, señora,
porque ha de acabar con sangre.
Mi amor, si al principio niño,
creció entre dificultades
y elévase con los celos 505
amenazador gigante.
Ven a la quinta conmigo,
ven y a mi rival señálame,
señálame el pecho vil
donde este acero se clave. 510

DOROTEA Basta, hombre pérfido, basta:
no más en fingir te canses;

con tus iras, que no creo,
tu intención me revelaste.
Ya te comprendo: deseas 515
de tu lado separarme,
porque mi amor te parece
afrenta de tu linaje.
Yo te debí conocer:
bien es que mi yerro pague. 520
Serás servido: ya nunca
te veré.

CONDE Escúchame,
DOROTEA Apártate.
CONDE No.

LAÍN Señora.
DOROTEA No me sigas,
que me eres insoportable. (Yéndose.)
CONDE No me desvíó de ti, 525
hasta que logre vengarme.

(Siguiendo a DOROTEA.)

Escena X

GARABITO (con un traje de disfraz.)- EL CONDE. DON LAÍN.

CONDE ¡Cielos! ¿Quién para mi planta?
GARABITO (Saliendo.) Mi poder incontrastable.

(Queda el CONDE encerrado en una jaula puesta sobre un carricoche, del cual tira DON LAÍN, llevándole GARABITO del diestro.)

CONDE Por mas que lucho...
GARABITO Es en vano.
(A DON LAÍN.) Arre, borriquito, arre. 530

Gabinete diabólico.

Escena XI

ALMA DE CÁNTARO. PÁJARO PINTO. EL SECRETARIO. DIABLOS. BRUJOS.

LOS DIABLOS.- (Al SECRETARIO.) Bien venido, bien venido.

ALMA DE CÁNTARO.- Señor ex-secretario, recibid mi...mi... Apuntad, Pájaro-Pinto.

PÁJARO-PINTO.- (Bajo.) Mi enhorabuena.

ALMA DE CÁNTARO.- Admitid mi enhorabuena.

GARABITO.- No hay de qué, señores: maldito el deseo que tenía yo de venir aquí tan pronto.

ALMA DE CÁNTARO.- Todos los ex-vivientes que bajan acá, dan en decir lo mismo. Que entre la demás garulla de... de...

PÁJARO-PINTO.- De brujos.

SECRETARIO.- ¡Qué veo! ¿Se han citado aquí todos los miembros de la sociedad mágica disuelta?

BRUJO 1º.- (Saliendo.) ¡Venganza contra mi boticario!

BRUJO 2º.- ¡Venganza contra mi suegra!

BRUJO 1º.- Trocó mi pócima con la de mi mula.

BRUJO 2º.- Me habló de testamento, para que me muriera de susto.

ALMA DE CÁNTARO.- No hay que acusar a suegras, ni a boticarios de...

PÁJARO-PINTO.- (Bajo.) De ese flaco servicio.

ALMA DE CÁNTARO.- De que hayan hecho su oficio. -Nosotros debemos el gusto de teneros hoy en nuestras garras...

PÁJARO-PINTO.- Quiere decir, en nuestra dulce compañía...

ALMA DE CÁNTARO.- Eso es... A un personaje a quien todos vosotros debéis consideración... y respeto, y...

PÁJARO-PINTO.- (Bajo.) Basta.

ALMA DE CÁNTARO.- Y basta.

BRUJOS.- ¿Quién es? ¿Quién es?

ALMA DE CÁNTARO.- Escuchadme. (Rodéanle los BRUJOS, y él les habla en voz baja.)

SECRETARIO.- (A PÁJARO-PINTO.) ¿Me podréis decir cómo se llama el fecundo orador a quien servís de consueta?

PÁJARO-PINTO.- Alma de cántaro es su nombre,

SECRETARIO.- Me parece muy bien aplicado.

PÁJARO-PINTO.- Es el primer ministro tonto que hubo en España.

SECRETARIO.- De antiguo datará S. E.

PÁJARO-PINTO.- No menos que desde el rey Ataulfo. Se le confió la dirección de los infiernos peninsulares, porque para ser azote de la humanidad, menos a propósito es un diablo, que un necio con poder absoluto.

BRUJOS.- ¿El marqués de Villena?

ALMA DE CÁNTARO.- Pues. (Aparte a él. Ayudadme, Pájaro-Pinto.) El marqués de Villena... resentido con vuesarcedes... cuando supo sus proezas... y deseoso de hacer en España una... una limpia que le pareció... así... conveniente...

PÁJARO-PINTO.- Envió a cada uno de los ex-profesores de magia un don de su mano...

ALMA DE CÁNTARO.- Un tabardillo, un torozón, un encuentro con los héroes del archiduque, & c., & c., & c.

BRUJOS. ¡Venganza! ¡Guerra al marqués de Villena!

ALMA DE CÁNTARO.- A los cesantes, es decir, a los muertos, no se usa aquí concederles licencia para perseguir a los vivos, sino solamente cuando los susodichos muertos pueden ser instrumento de algunos vivos irritados contra aquellos otros vivos, de quienes solicitan vengarse los muertos.

SECRETARIO.- Siendo nuestro contrario marqués, siendo poderoso, ¿no ha de tener un enemigo?

ALMA DE CÁNTARO.- Pues no tiene uno.

BRUJOS.- ¡Oh furor!

SECRETARIO.- ¿Es posible?

ALMA DE CÁNTARO.- Muy posible, porque son dos, y dos... ya se ve... no es uno. Me parece que me explico.

SECRETARIO.- Como un alma de cántaro.

ALMA DE CÁNTARO.- Yo, en atención a nuestros antiguos vínculos, quiero dignarme de permitirlos auxiliar el resentimiento de esos dos personajes. Importa que conozcáis al que legalmente se halla más ofendido, que es al que le han traspapelado su mujer. Acaba de acostarse en una posada: vendrá dormido, y creará que es un sueño cuanto aquí le pase. ¡Hola!

Escena XII

DON LAÍN (que baja acostado en una cama).- Dichos.

ALMA DE CÁNTARO.- Ya le tenemos en casa.

LAÍN.- (Soñando.) Pascuala... Pascuala... Demonios... cargad conmigo, si me decís donde se halla.

LOS DIABLOS.- (Con una gran voz.) Aceptamos. (Truenos: las llamas rodean la cama: DON LAÍN despierta y se levanta en camisa; los diablos le cercan.)

LAÍN.- ¿Qué me sucede? ¡Patrona, fuego! ¡Fuego! ¡Huy! ¡Qué visiones descubro! ¡Huy! ¡Qué rabo tiene aquél! ¡Éste, qué jeta! ¡Ay! ¡Qué feos son todos! ¿Dónde me encuentro?

DIABLOS.- En los infiernos.

LAÍN.- ¿Pues no estoy soñando que me he venido al infierno? Soñando estoy, porque no me he muerto todavía para hacer este viaje. Vamos, son ilusiones.

DIABLOS.- No, no, no.

LAÍN.- Sí, sí, sí. (Aparte. Como no me mantenga tieso, me lo hacen creer, y me soplan en la caldera de los mayordomos con coche.)

ALMA DE CÁNTARO.- Desengáñate, mortal cabezudo. (Se abre el telón del fondo y se ve lo que dice el diálogo.) Mira allí la laguna Estigia, mira las orillas del Tártaro, mira la barca de Caronte.

LAÍN.- ¡Calle! Pues las señas son infernales, mortales, garrafales... ¡Ay! ¡Qué angustias me asaltan! ¡Ay, que me van a pedir cuenta de mis embrollos! Yo desfallezco. Dejadme respirar un instante. (Siéntase en un asiento redondo.)

ALMA DE CÁNTARO.- ¿Quieres recobrar tu mujer?

LAÍN.- En ese caso no me habré muer... (Gira el asiento a un lado.) ¡Qué diablo de asiento!

PÁJARO-PINTO.- ¿Quieres vengarte del que te la ha ocultado?

LAÍN.- Por supues... (Gira el asiento a otro lado.) Dale. Disimulen ustedes mi impolítica mientras no me den una silla de más fundamento. (Le vuelve de espaldas y él se levanta.) Esto es una piedra de tahona. (Levántase.)

PÁJARO-PINTO.- Tu señor y tú, por vuestros méritos extraordinarios...

ALMA DE CÁNTARO.- Pues; por vuestros méritos patibularios...

PÁJARO-PINTO.- Habéis merecido nuestra protección.

ALMA DE CÁNTARO.- Sí; nuestra amistad poderosa.

LAÍN.- Parece que el molino ha parado. (Se sienta.) ¿La amistad de ustedes, eh? (Aparte. ¡Amistad de demonios!) ¡Oh! Nos honra infinito. (Se le hunde el asiento hasta el suelo.) Adiós, mi taburete. El que tengo ahora será más estacionario. (Quédase sentado en el suelo.)

ALMA DE CÁNTARO.- Oye lo que hemos dispuesto en favor tuyo y del conde.

LAÍN.- (Sintiendo que te tocan en las espaldas.) ¡Hola! respaldo tenemos. Siempre es una comodidad.

ALMA DE CÁNTARO.- Tu amo recibirá mañana el despacho de capitán al servicio del archiduque.

LAÍN. (Viendo al cancerbero que le asoma una cabeza, ya por encima de un hombro, ya por encima de otro.) ¿Eres tú, chuchito, monito, guardián de la casa? Continúe usted, que bien oigo.

ALMA DE CÁNTARO.- Mandará una compañía de bizarros tudescos. (A los BRUJOS. Seréis vosotros.) Tendrá a sus órdenes el valiente oficial... (Al SECRETARIO. Seréis vos.) El denodado oficial Etlfredo Raufenrofenrif. (El cancerbero pone las manos sobre los hombros de DON LAÍN, asoma por encima de la cabeza del mismo las tres suyas, y le deja caer.)

LAÍN.- ¡Me he descostillado! Ese nombre de conjuro que usted ha dicho, ha espantado al falderín que me sostenía. (Levántase.) Pero diga usted: para recobrar yo o mi Pascuala ¿necesito esa cáfila de soldados austriacos? ¿No bastaba con un escribano y dos alguaciles?

ALMA DE CÁNTARO.- Nuestro decoro... Apuntad, Pájaro-Pinto.

PÁJARO-PINTO.- Nuestro decoro no permite emplear medios tan prosaicos y ruines; y nos obliga a recurrir a la numerosa falange que va a desplegar a tus ojos su aspecto imponente. (Salen soldados infernales que hacen varias evoluciones al son de una música guerrera.)

LAÍN.- ¡Buenos chicos! Seguro está que mi enemigo se atreva a hacerles frente... (Aparte. Siquiera por no verlos...)

ALMA DE CÁNTARO.- No creas tampoco que tu adversario es un enemigo, así... pues... que digamos.

LAÍN.- Ya: conque entonces es, así... pues... que diremos.

PÁJARO-PINTO.- Es un personaje poderoso.

ALMA DE CÁNTARO.- De alto nacimiento... de nacimiento muy antiguo.

PÁJARO-PINTO.- Y no hay que tenerle lástima, aunque se le vea rendido, postrado, exánime.

ALMA DE CÁNTARO.- Aunque se le vea hecho gigote.

PÁJARO-PINTO.- Porque es muy astuto, muy ladino.

ALMA DE CÁNTARO.- Muy redomado.

LAÍN.- ¿Redomado, eh? ¿Conque es boticario, según las señas? Pero ahora que me acuerdo, dígame usted, señor don demonio; ese enemigo, ese que se ha llevado mi mujer, ¿es siquiera aquel amiguito que se parece a mí todo, menos en los puños?

ALMA DE CÁNTARO.- (Dejémosle ignorar la verdad para encender sus celos.) Cabalmente.

LAÍN.- ¡Rayos y culebrinas! ¡Infeliz de él! No; la infeliz será ella. No; el único infeliz soy yo, y no ellos. Pues no es preciso que todos seamos infelices. A la lid bravos y espantables guerreros. Guerra exterminadora al pérfido que... Nómbrame usted al pérfido contra quien yo me encorajino.

ALMA DE CÁNTARO.- Su nombre es un secreto.

LAÍN.- Guerra al hombre secreto.

Persecución cruel, devastación!

¡Muerte! ¡Degollación!

Nada de transacción:

O la suya o la mía: armas al hom...

Acto tercero

Gabinete rica con dos puertas laterales: un tocador en el fondo y dos péndolas de caja grande. A los costados unos pedestales con unos floreros. Una mesa y dos sillones.

Escena I

EL CONDE. EL SECRETARIO. SOLDADOS. CRIADOS Y CRIADAS.

CONDE.- (A un SOLDADO que se retira.) Centinelas todo alrededor de las murallas; al que hubiere, un balazo.

SECRETARIO.- Niñas, responded la verdad al señor comandante.

CONDE.- (A una CRIADA.) ¿Cómo decís que se llama vuestro amo?

CRIADA.- Don Enrique de la Redoma.

SECRETARIO.- (Que habla aparte con el CONDE.) Es el hechicero vuestro enemigo.

CONDE.- Habrá tomado ese nombre por asemejarse en algo al famoso marqués de Villena.

SECRETARIO.- Tiene con él gran semejanza.

CONDE.- Más pensaba yo que tenía conmigo. Pero estos criados no me han equivocado con él.

SECRETARIO.- Porque no usará de su talismán y sino para engañar a las personas que os conocen.

CONDE.- (A la CRIADA.) ¿Cómo es el nombre de vuestra señora?

CRIADA.- Doña Dorotea.

SECRETARIO.- (Aparte al CONDE.) ¿Lo veis?

CONDE.- (Aparte. ¡Traidores!) ¿Y cuánto tiempo hace que habitan vuestros amos en esta especie de fortaleza a la raya de Portugal?

CRIADA.- Muy pocos días. Mientras se reparaba la casa, estuvieron en Villarino, porque el propietario anterior, don Gaspar Hinojosa, la tenía derrotadísima.

CONDE.- Lo creo. Luego ¿éste es el castillo de la cabeza encantada?

CRIADA.- El mismo.

CONDE.- (Aparte. ¿Conque es aquí donde pensaba yo triunfar de mi esquivia? Triunfaré.) ¿Volverán vuestros señores pronto?

CRIADA.- No pueden tardar. Están ahí cerca, en la huerta de un tal don Ramón, junto al río.

CONDE.- (No haberme contestado Gaspar ni Ramón desde que salieron de Madrid, ¡quedándome yo para conducir a Dorotea! Ya veremos qué disculpa me dan.) Oid, teniente; vos iréis a observar ese punto. (A los CRIADOS.) Si alguno de vosotros intenta avisar a don Enrique de nuestra llegada, lo pagará con la vida. Etelfredo, seguidme, y sabréis mis designios. (Vanse el CONDE, el SECRETARIO y los CRIADOS: dos de estos vuelven con botellas y vasos, y dan de beber a los SOLDADOS.)

Escena II

DON LAÍN.- CRIADAS.- SOLDADOS.

LAÍN.- (Saliendo por una puerta un momento después que el CONDE se ha retirado por la otra.) Descansad de la batida, mientras yo hago aquí un reconocimiento. (Esto lo ha dicho dirigiéndose a los SOLDADOS que están adentro.) Donde quiera que veo mujeres, se me van los ojos a buscar la mía.- Jovencitas, palabra.

CRIADA.- ¿Qué tiene usted que decirnos?

LAÍN.- Cosas de grave interés. En primer lugar, que sois nuestras prisioneras.

CRIADA.- ¡Interesante noticia para dárnosla por extraordinario!

LAÍN.- El prisionero sufre la ley del vencedor.

CRIADA.- ¿Y qué ley es esa? ¿La de Mahoma, o la ley de gracia?

LAÍN.- Es una ley elástica, lo mismo que las demás; ancha, o angosta, según la mano que la maneja.

CRIADA.- Prosiga usted noticiando.

LAÍN.- Aquellos hipopótamos que están allí, tal vez os espulgarán el bolsillo y...

CRIADA.- Diligencia inútil: como estamos en guerra, nuestros amos, porque no nos roben, no nos pagan.

LAÍN.- Tal vez se os decomisarán vuestros cofres...

CRIADA.- No les puede servir a ustedes mi ropa.

LAÍN.- No me creáis capaz de ir a la parte con ellos: yo sólo exijo de vosotras una declaración sincera.

CRIADA.- Si no es más que eso, no se quejará usted de mí. Me muero yo por declarar todo lo que no me importa.

LAÍN.- (Aparte. Ninguna de estas chicas se parece a Pascuala; pero Dios sabe en qué me la habrá convertido el otro yo.) Vosotras ¿qué sois?

CRIADA.- Doncellas de mi señora.

LAÍN.- Y alguna de vosotras, ¿se acuerda de haber estado casada conmigo antes de ser doncella?

CRIADA.- Señor, ¿qué dice usted?

LAÍN.- Temblad si me engañáis.

CRIADA.- ¡Oh! No señor; casadas hay que se olvidan de su estado; pero, si yo lo fuera, no daría lugar a que mi marido me pudiera hacer esa pregunta.

LAÍN.- ¿No hay más mujeres en esta casa?

CRIADA.- Una dueña quintañona que jamás sale de su cuarto, y jamás ve a nadie.

LAÍN.- Que se persone conmigo inmediatamente.

CRIADA.- Le dará mucha vergüenza.

LAÍN.- Denguecitos a un lado. Que venga sin dilación, si no quiere que la mande traer asida de los cabellos.

CRIADA.- (Aparte al irse. Más fácil sería traerla de las narices. Vanse las CRIADAS.)

Escena III

DON LAÍN. SOLDADOS. CRIADOS.

LAÍN.- ¡Cuál empinan mis camaradas! ¿Si serán almas del otro mundo? Entonces almas de tudescos son sin duda. ¡Que no he de poder desechar las ideas de aquel sueño profético-fatídico-diabólico! «Mañana será capitán tu amo». Y me lo encapitanan al día siguiente. ¿Y quién le trae el nombramiento? El oficial... Rifirafe, o ¿qué sé yo cómo se llama? Todo se ha cumplido al pie de la letra, menos el hallazgo de mi mujer. Ya voy yo viendo que

cuando se extravía por esos mundos una casada, pescarla luego es poner una pica en Flandes. (Vanse los SOLDADOS y los dos CRIADOS.)

Escena IV

PASCUALA (con velo echado).- DOS CRIADAS.- DON LAÍN.

CRIADA.- Venga usted, que está aquel señor empeñado en verla.

PASCUALA.- Dejadme.

LAÍN.- Adelante, señora. Fuera miedos, ¡voto a un cañón de a 24!

PASCUALA.- ¡Qué voz escucho!

LAÍN.- Alce usted la pantalla, y veamos el frontispicio.

PASCUALA.- ¡Él es! (Alzase el velo.) Mírame; ¿me conoces? ¿me conoces?

LAÍN.- Hasta ahora nunca; pero de hoy más, aunque la vea a usted entre cien elefantes, distinguiré yo esa trompa.

PASCUALA.- Tú eres el que me ha puesto de este modo, infame, pérfido.

LAÍN.- ¿Yo?

PASCUALA.- Yo soy Pascuala; yo soy tu esposa.

LAÍN.- ¡Jesús!

PASCUALA.- Yo, quien en venganza te va a sacar los ojos.

LAÍN.- Socorro... Los de guardia, compañeros, pasad a cuchillo esas narices. (Huye.)

PASCUALA.- He de beber tu sangre. (Va tras DON LAÍN.)

Escena V

EL CONDE, y un momento después GARABITO.

CONDE.- Me pareció que había oído la voz de mi mayordomo. Le envié con una descubierta, y habrá hecho lo que siempre; nada. (Llamando.) Laín. Laín.

GARABITO.- (Saliendo por un sillón, en el cual se queda sentado.) Señor.

CONDE.- ¿Ahí te estabas arrellanado, sin dar aviso de tu llegada? ¿Qué hacías ahí?

GARABITO.- Ya lo ve usted: descansar. Como he venido por un camino poco trillado... y peligroso...

CONDE.- ¿Y qué has averiguado por junto?

GARABITO.- ¡Friolera! (Aparte. Aquí entra el embrollo para hacerle desocupar el puesto.) He descubierto el asilo de don Enrique y Dorotea: los he visto.

CONDE.- ¿Dónde?

GARABITO.- En casa de don Ramón.

CONDE.- ¿De mi amigo?

GARABITO.- Pues: dos tiros de bala de aquí.

CONDE.- Vamos allá a prenderlos. ¿Es la casa grande?

GARABITO.- La casa, no; pero la huerta tiene media legua de circuito.

CONDE.- Necesitamos entonces toda nuestra gente para acordonarla. Evacuemos este punto. Yo no necesito su castillo, sino sus personas. Sígueme sin tardanza.

GARABITO.- Al instante.

CONDE.- Voy a dar la orden de marcha. Los he cogido. (Vase.)

GARABITO.- Los he salvado. En saliendo tú del castillo, difícil será que vuelvas a poner en él las plantas.

Escena VI

DON LAÍN, y después PASCUALA.- GARABITO.

LAÍN.- Señor, señor...- ¡Virgen de las Candelas! ¡Con lo que he tropezado!

GARABITO.- (Asiendo a DON LAÍN.) Anda allí, mayordomo infiel.

LAÍN.- Piedad; siquiera por lo bien que usted me conoce.

GARABITO.- Quieto y callado.(Le encierra dentro de una caja de reloj.)

PASCUALA.- (Que sale corriendo y se dirige a GARABITO.) Brujo, mal marido, canalla.

GARABITO.- Atrás, atrás, señora.

PASCUALA.- Te he de despedazar con mis uñas.

GARABITO.- Tenga usted un rato de recogimiento, que hartos ha tenido de desahogo. (La encierra dentro de la otra caja de reloj.)

PASCUALA.- ¿No hay un tabardillo par este hombre?

GARABITO.- Pareja feliz, en quien he logrado establecer aquella igualdad que es prenda de un buen matrimonio: examinad vuestra conciencia; y si ella no os dice quién es el hombre que tiene derecho para castigaros de ese modo, sabed que debajo de esta apariencia de don Laín, se oculta Garabito.

LAÍN y DOROTEA.- (Asomando el rostro por la cabecera del reloj, cuyo horario ha desaparecido.) ¡Garabito!

GARABITO.- Señor mayordomo: usted me usurpó mi novia; yo le he separado a usted de su mujer. Usted me debía una partida de leña, yo me he cobrado en la misma especie. Agradézcame usted que mi venganza no haya pasado de las costillas a la cabeza, verbi gracia... (Sálele un paz, de cuernos o DON LAÍN.)

LAÍN.- Usted abusa de mi posición, y por eso me torea impunemente.

GARABITO.- Tú, Pascualita, no debes sentir la pérdida de tu hermosura, porque ya te había servido para tu objeto. Quisiste ser rica, y yo no he tocado a las riquezas de tu marido. El oro y los diamantes son capaces de embellecer la cabeza de Medusa. (Rodea la cabeza de PASCUALA una cabellera de serpientes.)

PASCUALA.- Garabito, acuérdate de que me quisiste.

GARABITO.- Quien te quiera bien, te pondrá mala cara.

LAÍN.- Acuérdense usted de que todos somos prójimos.

GARABITO.- Dar posada al peregrino es obra de misericordia.

Escena VII

DON ENRIQUE.- Dichos.

ENRIQUE. -¡Garabito!

GARABITO.- ¡Mi amo! (Los relojes vuelven a su ser.)

ENRIQUE.- Yo te confié mi talismán para que me librases de esos huéspedes enemigos...

GARABITO.- Ya han salido de casa. Ahora levantan el rastrillo.

ENRIQUE.- Sí, me has servido bien; pero yo no te había autorizado para que te burlaras inhumanamente de estos dos infelices.

GARABITO.- Las represalias son lícitas. Ellos hicieron otro tanto conmigo.

ENRIQUE.- Es decir, que tan bueno eres tú como ellos.

GARABITO.- ¡Si sabe tan bien esto de sentar la férula al que se pilla por debajo!

ENRIQUE.- Alguna desgracia te ha de acarrear ese proceder rencoroso.

GARABITO.- No guardo mucho rencor a esos maulas, cuando al uno de ellos, a mi original, no le he encajado en el subterráneo, de donde, según usted dice, nunca se sale.

ENRIQUE.- ¿En la cueva de la cabeza encantada? Sí: encerrado allí don Laín, ya podía Pascuala buscar otro esposo.- Pero esto no es del caso. -He conocido a los auxiliares del conde.

GARABITO.- ¿Y los teme usted?

ENRIQUE.- Las potestades maléficas son menos fuertes que las del bien; pero su furor y su malicia trabajan sin descanso. Aunque yo no temo por mí, debo excusar a mi esposa el espectáculo de una lucha encarnizada. Ayúdame tú a disponer a la defensa la gente que tenemos.

GARABITO.- Primero tengo que servir de guía al conde hasta donde me parezca. Volveré al instante, y me encargaré de los recién venidos de Tetúan, que tanto divierten a mi ama.

ENRIQUE.- Yo me propongo examinar por mí mismo el acampamento de mi contrario; pero antes voy a hacer a Dorotea una revelación.

GARABITO.- ¿Se determina usted a decirle quién es?

ENRIQUE.- ¿Declararle yo que su marido tiene tres siglos acuestas? Mucha es la virtud de mi esposa; pero es lo más prudente no intentar una prueba arriesgada. Ella viene. Retírate.
(Vase GARABITO.)

Escena VIII

DOROTEA.- DON ENRIQUE.

DOROTEA Conde, ¿qué tropas son esas
de que estamos rodeados?

ENRIQUE Son tudescos agregados
a las armas portuguesas.

DOROTEA ¿Pensaran acometer
la casa?

ENRIQUE Con eso cuento;
mas yo defenderme intento.

DOROTEA ¿Y cómo?

ENRIQUE Con mi poder.

DOROTEA Muy mal en la decisión

de tus criados confías: 10
son pocos, y há cuatro días
que conocidos te son.
ENRIQUE Sin embargo, no te azores;
estás conmigo segura:
la virtud y la hermosura 15
siempre tienen defensores.
DOROTEA Vaya tu calma celebros.
¿No es cosa que desatina,
cuando el riesgo se avecina,
salirme con un requiebro? 20
Yo tengo el alma en un hilo.
ENRIQUE Ven, ídolo amado, pon
la mano en mi corazón.
¿Ves cómo late tranquilo?
Pues deja el cuidado, hermosa, 25
lánzalo del alma luego.
mal tuviera yo sosiego,
si peligrara mi esposa.
DOROTEA Siempre de modo discurre
que con la tuya te sales; 30
pero usas misterios tales,
que ya, la verdad, me aburres.
Aquí junto a Portugal,
me trajiste a ver el Duero,
sin decir: así lo quiero 35
por tal razón o por cual;
y sobre lo de la quinta,
que fue bien pesado lance,
no hay forma de que yo alcance
ni una explicación sucinta. 40
Esto, conde es una ofensa
que hace usted a su mujer:
quiero y debo saber
lo que hace usted, dice y piensa.
ENRIQUE Pero...
DOROTEA Formalmente riño, 45
si esa conducta tan rara,
no se me pone tan clara
como usted ve mi cariño.
ENRIQUE Ya con amenaza tal
temo sostener la lucha; 50
prepárate, pues, y escucha
mi confesión general.

(Va a tomar dos sillas.)

DOROTEA (Aparte. Cuando se va a entretener
en sosegar mis afanes,
no habrá de los alemanes 55
mucho daño que temer.)

(Viendo que DON ENRIQUE vuelve con dos sillas.)

¿Adónde va usted, señor?
Para mí basta una silla. (Siéntase.)
Usted hínque la rodilla,
y diga el yo pecador. 60
ENRIQUE Limpia tengo la conciencia,
y no es mucho que rehúse...
DOROTEA Hermano, no se me excuse,
o doblo la penitencia.
ENRIQUE (De rodillas.) De sobrado rigorosa 65
pecara entonces.

DOROTEA Y digo:

¿merece menor castigo
quien reniega de su esposa?
¡Atreverse a desmentir,
atreverse a negar 70
que juró al pie del altar
sólo para mi vivir?
ENRIQUE No creas que te mintió
quien en debate prolijo
esas razones te dijo. 75

DOROTEA ¿No fuiste tú mismo?

ENRIQUE No.

DOROTEA Tú quieres abrir la llaga
que aun mal cerrada me queda.

¿Quién me aturdió en la alameda?

ENRIQUE El conde de la Viznaga. 80

DOROTEA ¿Esa tu labio responde?

Y mi marido ¿quién es?

ENRIQUE El que tienes a tus pies.

DOROTEA ¿Y no está a mis pies el conde?

ENRIQUE Antes un lobo le coma. 85

DOROTEA Pues ¿qué enredos hay aquí? (Levántanse.)

¿Quién eres tú? Vamos, di.

ENRIQUE Enrique de la Redoma.

DOROTEA Ese disfraz nominal
no es cosa de que me pique. 90

Ya sé la causa.

ENRIQUE Es Enrique

mi nombre cierto y real.

DOROTEA ¿Por qué te has hecho querer
de mí con ese ajeno nombre?

ENRIQUE Por libertarte de un hombre 95
que te quiso envilecer.

DOROTEA ¿Quién?

ENRIQUE El conde.

DOROTEA ¿Es esto sueño?

Estoy confundida toda.

ENRIQUE Con una farsa de boda,
de ti quiso hacerse dueño. 100

Yo descubrí su intención,
y apropiándome su cara,
legitimé sobre el ara
mi atrevida usurpación.

DOROTEA ¿Te apropiaste su semblante? 105

Ya te miro con espanto.

Travieso eres para santo:

¿si serás un nigromante?

ENRIQUE La magia es mi profesión;
pero es la blanca, y te aviso 110

que la ejerzo con permiso
de la santa Inquisición.

DOROTEA Muy bien. ¿Conque me redujo
la suerte a vivir al lado...?

ENRIQUE De un hombre rico y honrado. 115

DOROTEA Con sus ínfulas de brujo.

ENRIQUE No provocará tu encono
el engaño que sufriste.

DOROTEA Por el petardo que diste
al conde, te lo perdono. 120

¿Y cuándo te proponías
que yo el secreto supiera?

ENRIQUE Sólo cuando yo estuviera
cierto de que me querías

DOROTEA ¡Ay qué mago tan bolonio, 125

que no sabe conocer

si le quiere su mujer

en un mes de matrimonio!

Poca habilidad presagia
tal torpeza, y de ella infiero 130

que cualquier titiritero
sabrás más que tú de magia.

ENRIQUE Te diré para que adviertas
que no soy tan ignorante,

qué piensas en este instante. 135

DOROTEA ¿Cuánto va que no lo aciertas?

ENRIQUE ¿Cuánto va que al suelo humillas,
al escucharme, los ojos,
y vivos matices rojos
asoman en tus mejillas? 140

DOROTEA ¿Me he de avergonzar siquiera
de que se me haya ocurrido
conocer de mi marido
la figura verdadera?

ENRIQUE Es que tu deseo esconde 145
un temor...

DOROTEA ¿Yo temer? ¿Qué?

ENRIQUE Si como Enrique seré
más feo que como conde.

DOROTEA Yo no pensaba en tal cosa.
(Abochornada y volviéndole la espalda.)

ENRIQUE ¿Por qué me ocultas la faz? 150

DOROTEA Quítate, déjame en paz.

¡Vaya una aprensión graciosa!

Me voy.

ENRIQUE Un instante.

DOROTEA Nada.

(La puerta por donde iba a salir, desaparece. Va a la de enfrente, y le sucede otro tanto.)

¡Calle! ¿Y la puerta de aquí?

Voy a aquella.- ¿También?- Di, 155

¿quieres ponerme arrestada?

ENRIQUE Me has insultado, y me vengo.

DOROTEA Yo para obtener perdón,

me resigno a la prisión,

pues otro arbitrio no tengo. 160

ENRIQUE (Llevándola a ver dos pedestales, cuyos adornos se cambian.)

Ven, mira.

DOROTEA ¡Nueva sorpresa!-

¿Más aún? -No hay que decir

que no quieres divertir

a la pobrecita presa.

(Se sienta al lado de una mesa y se hace aire con un abanico de plumas.)

Que busquen en todo el orbe 165

más galante carcelero.

ENRIQUE Sin embargo, no tolero

que un abanico me estorbe.

(Vuelan las plumas del abanico.)

DOROTEA Eso ya toca en dureza.
Cuando se tiene calor, 170
se necesita...

(Toma de la mesa un pañuelo blanco y se hace aire con él.)

ENRIQUE Es mejor
eso para la cabeza.

(El pañuelo que tenía DOROTEA en la mano, se le sube a la cabeza y se le queda prendido;
DOROTEA tira de la parte de pañuelo que queda sobre la mesa, y va desplegándose un
largo y magnífico velo.)

DOROTEA ¡Miren qué elasticidad
de pañuelo!

ENRIQUE Te harás cargo
de que era un poquito largo 175
para la mano.

DOROTEA Es verdad.

(Un rico manto aparece sobre los hombros de DOROTEA.)

¿Y con qué pretensión es
el vestirme este ropaje?

ENRIQUE Vas a hacer un corto viaje.

DOROTEA ¿Para alguna función?

ENRIQUE Pues. 180

(Aparte. Cuando a lidiar se prepara
conmigo contraria hueste,
no es bien que mi amor le cueste
pesar a mi esposa cara.

Viva libre de temor 185

en un asilo ignorado;

y después de haber triunfado,

coróneme vencedor.)

DOROTEA (Levantándose vestida con un vistoso traje.)

¿Te agrado así?

ENRIQUE Bella estás
como una flor del Edén. 190

DOROTEA Pareciéndote tan bien,
¿qué gracia me negarás?

ENRIQUE Si quieres mi vida propia...

DOROTEA No: cosa muy leve.

ENRIQUE ¿Cuál?

DOROTEA El verte en original 195
para descartar la copia.

ENRIQUE Temblando esa prueba arrostro,
bien que mi recelo calma,
saber que estimas el alma,
sin hacer caso del rostro. 200

(Pásase el anillo de una mano a otra.)

Mira al que te adora.

(Momento de silencio.)

(Aparte. Lucho
con una inquietud cruel.)

DOROTEA (Aparte. Vale más el conde que él,
y eso que no vale mucho.)

ENRIQUE Sol de mis ojos, irradie 205
sobre mi tu lumbre pura.

DOROTEA No es en verdad tu figura
para enloquecer a nadie;
pero mi amor no se altera
de tus cambios al tenor: 210

como eres encantador,
gustas de cualquier manera.

Un tierno abrazo te explique
si quiero como quería. (Abrazanse.)

ENRIQUE Ídolo del alma mía, 215
¿quién más feliz que tu Enrique?

(Suenan música dentro.)

DOROTEA ¿Qué música se oye?

ENRIQUE Son
los que te han de acompañar
a donde vas a marchar.

DOROTEA ¿Ahora?

ENRIQUE Sin dilación. 220

DOROTEA ¿Qué paje lleva esta cola?

(Ábrense los relojes y salen dos pajecillos.)

ENRIQUE Esos dos,

DOROTEA Para salir,
esas puertas hay que abrir.
ENRIQUE Basta que se abra una sola.

(En el fondo hay un tocador, que se transforma en puerta, abierta la cual salen por ella Himeneo y varias virtudes conyugales, como la fidelidad, la mansedumbre, la obediencia, & c. Varios genios las acompañan.)

Escena IX

GENIOS.- Dichos.

(El GENIO que representa a Himeneo canta.)

Ven a mi asilo plácido, 225
y no en seguirme dudes:
un coro de virtudes
te cerca en derredor:
ampárate solícita
la mano superior. 230
Harán la paz y el júbilo
tu dulce compañía;
te guarda cada día
un nuevo goce amor.
Serás estrella fúlgida 235
de eterno resplandor.(Vanse.)

Acampamento.

Escena X

EL CONDE. EL SECRETARIO. SOLDADOS.

CONDE.- Apartaos, alejaos de mí.

SECRETARIO.- ¿Y qué haréis sin vuestros soldados?

CONDE.- ¿De qué me habéis servido hasta ahora?

SECRETARIO.- Si nos hubieseis querido escuchar, no hubierais evacuado el castillo; pero como somos meros instrumentos de vuestra voluntad...

CONDE.- Instrumentos que me son inútiles, los desprecio, los abandono. Ya que estamos en el cuartel general, renuncio mi grado; encargaos de la tropa, y no se me ponga delante ninguno de vosotros, si no quiere experimentar mi cólera.

SECRETARIO.- (Aparte. Su orgullo merece que hagamos lo que nos manda: ya le pesará.) Os obedezco. (Vase y con él los SOLDADOS.)

CONDE.- (Solo.) ¡Abrazar la vida de campaña sólo con el objeto de apoderarme de Dorotea y de mi rival, y no conseguirlo cuando los tenía casi en mis manos! Donde quiera que halle al pérfido mayordomo, que me hizo salir de la casa para escapárseme y volverse allí con mis enemigos...

Escena XI

DON LAÍN, y después DON GASPAR Y DON RAMÓN.- EL CONDE.

LAÍN.- (Dentro.) Les digo a ustedes que es capitán mi amo.

CONDE.- Su voz es ésta.

LAÍN.- (Dentro. Van ustedes a convencerse... (Sale.) Señor, anuncio a usted la llegada...

CONDE.- (Sacando la espada.) Yo te anuncio la de tu hora, pícaro. (Salen DON GASPAR y DON RAMÓN.)

LAÍN.- Don Ramón, don Gaspar, ampárenme ustedes.

CONDE.- Dejadme quitarle la vida.

RAMÓN.- ¿Qué te ha hecho ese mentecato?

GASPAR.- Si has tenido alguna reyerta con él, hasta mandarle cortar las orejas. LAÍN.- Señor don Gaspar...

RAMÓN.- O mantearle.

LAÍN.- Señor don Ramón...

CONDE.- Me ha hecho salir del castillo traidoramente.

LAÍN.- Señor Conde...

RAMÓN.- Hombre, el que te ha hecho salir, he sido yo.

CONDE.- ¿Tú?

LAÍN.- ¿Ve usted como yo soy un inocente? Si hasta ahora casi, me han tenido preso, y en una cárcel bien estrecha.

RAMÓN.- ¿No te acuerdas del favor que te pedí ayer?

CONDE.- ¿Cuándo te he visto yo hace mes y medio?

RAMÓN.- ¿No hemos pasado juntos toda la mañana...?

CONDE.- ¿Yo con vosotros?

GASPAR.- Desde que te vendí el castillo, no hay día que no nos reunamos: conque...

CONDE.- ¿Me has vendido tu castillo?

GASPAR.- Si me lo quieres volver a comprar, por mí no hay reparo; lo cobraré dos veces.

RAMÓN.- Yo presencié el pago.

CONDE.- (Aparte.) Esta es otra como la pasada. (A GASPAR.) Tú habrás vendido esa posesión a una persona: tú (A RAMÓN.) habrás presenciado la venta; pero esa persona no soy yo, no es vuestro amigo, y la prueba es que me he apoderado hostilmente de la casa que me aseguras ser mía.

GASPAR.- Busca otro más simple que te dé crédito.

RAMÓN.- ¿Cómo puede ser eso verdad?

CONDE.- Como que hay un impostor que ha tomado mi nombre, y que por arte del diablo, sin duda, se parece a mí en términos, que todos le equivocan conmigo.

RAMÓN.- Vaya, déjate de cuentos de niños, y explícanos tu conducta, que es harto contradictoria. Nos encargas que salgamos de Madrid para cooperar a tu matrimonio supuesto, y a las dos horas te casas de veras. Como don Enrique, apetece la paz, como conde de la Viznaga, te haces de golpe capitán al servicio del austriaco...

Escena XII

DON ENRIQUE.- Dichos.

ENRIQUE.- El conde de la Viznaga ha jurado a Felipe.

RAMÓN.- ¡Qué pasmo!

GASPAR.- ¡Dos condes!

LAÍN.- No discrepan un pelo.

CONDE.- ¡Al fin te he hallado, traidor! Uno de los dos es preciso que desaparezca. Desnuda la espada.

ENRIQUE.- Veremos qué valor muestra delante de un hombre el que hasta ahora no ha sabido más que perseguir a una dama.

CONDE.- Vas a morir, impostor.

ENRIQUE.- Defiéndete, falsario. (Se batén.)

RAMÓN.- Señores, señores...

GASPAR.- Deteneos.

LAÍN.- Ahora que se han revuelto, ¿quién conoce al verdadero conde?

LOS DOS.- Yo soy.

LAÍN.- Quedamos enterados. Nada, el mejor medio de salir de confusiones es dejar que se mate uno: siempre les queda a ustedes su amigo y a mí mi amo.

CONDE.- ¿Es esa la ley que me tienes? Te he de atravesar las entrañas.

ENRIQUE.- Guárdese usted de tocar a mi mayordomo.

LAÍN.- Éste es mi amo; el conde que me protege es el verdadero conde.

ENRIQUE.- Ramón, ven a recibir el préstamo que habíamos tratado.

RAMÓN.- Éste es mi amigo; el conde que presta es el verdadero conde.

CONDE.- Gaspar, mira que es nula la venta del castillo.

GASPAR.- ¿Eso es decir que tendría que devolver el dinero que ya he gastado?

ENRIQUE.- La venta es válida, Gaspar.

GASPAR.- El conde que compra es el verdadero conde.

CONDE.- Ramón, Gaspar, escuchadme: ved que el engaño que padecéis puede seros funesto.

ENRIQUE.- En el castillo nos espera un banquete. Seguidme.

GASPAR.- Sigámosle. El conde que convida es el verdadero conde. (Vanse todos menos el CONDE.)

Escena XIII

EL CONDE, y luego el SECRETARIO y SOLDADOS.

CONDE.- ¡Soldados! Ninguno me oye. No podía mandado retirar de aquí a peor tiempo. ¡Soldados! (Salen el SECRETARIO y SOLDADOS.)

SECRETARIO.- Señor. (Aparte. Ya sabía yo que me llamarías.)

CONDE.- Vamos a asaltar ese castillo. No ha de quedar en él piedra sobre piedra.

SECRETARIO.- Volémosle entonces.

CONDE.- Perecería Dorotea entre sus ruinas.

SECRETARIO.- Dorotea no está ya en él; se encamina con una escolta hacia este sitio.

CONDE.- ¡Oh! De ese modo, mi victoria es segura. Apoderémonos de la ingrata, y destruyamos después el asilo del hechicero.

SECRETARIO.- Preparad vosotros la mina. (Húndense varios SOLDADOS.)

CONDE.- ¿Qué significa eso

SECRETARIO.- Que también yo soy mágico. Mirad la que perdáis, renunciando a mi auxilio.

CONDE.- Conozco que me es preciso aceptarlo. Dividamos en dos pelotones la fuerza y ocultémonos entre estos arboles a un lado y otro, para que supongan que hemos abandonado el campamento.

GARABITO.- Y cogemos entre dos fuegos a la débil comitiva de Dorotea.

CONDE.- Vamos. (Retíranse unos a un lado, y otros al opuesto. Sale DOROTEA conducida en un palanquín o silla de manos magnífica, rodeada de genios y ninfas que la acompañan danzando.)

EL CONDE Y EL SECRETARIO.- (Presentándose a cada lado del proscenio, al frente de los suyos.) Ahora. (Dóblansele a los SOLDADOS los arcabuces, cuando están en actitud de apuntar, quedando la mitad de la caja pendiente de una bisagra, y mirando a tierra el cañón y arrojando fuego. Los SOLDADOS huyen; la comitiva de Dorotea cruza el teatro sin obstáculo.)

CONDE.- ¡Ah! nos han burlado.

SECRETARIO.- Dorotea tiene en su poder el talismán de su esposo. Venid, conde; don Enrique es nuestro. (Vanse todos.)

Vista exterior del castillo.

Escena XIV

DON ENRIQUE.- DON GASPAR Y DON RAMÓN en las murallas del castillo:
CRIADOS armados.

ENRIQUE.- El enemigo se acerca.

RAMÓN.- Manda retirar la avanzada. (Tocan a retirada.)

GASPAR.- (Acabando de beber una botella.) Ahora que vengan cuando gusten a acometernos. En destripando yo un par de botellas, no me queda títere por delante.

ENRIQUE.- Yo os estimaría que os volviéis a vuestras casas. Con mis dependientes y con los labradores que se han reunido aquí, tengo bastante para escarmentar a mis enemigos.

RAMÓN.- Nosotros no te abandonamos.

GASPAR.- Ni en la mesa, ni en el peligro.

Escena XV

GARABITO (mandando un pelotón de monos ridículamente vestidos y armados).- Dichos.

GARABITO.- Paso redoblado: sin correr... Orden, soldadesca desenfrenada. Hileras a la derecha... El paso, el paso... Hileras a la izquierda, alto. Prevénganse... Como primera fila. (Los MONOS sueltan las armas y rodean a GARABITO, llevándole a un lado y a otro.) Insubordinados, rebeldes... Soltadme, para que os forme consejo de guerra.

UN CENTINELA DE LAS MURALLAS.- El enemigo, el enemigo.

GARABITO.- A las armas. (Los MONOS cogen las carabinas, se las ponen por caballito, y se van unos por un lado y otros por otro, para subir a las murallas.) Si mi tropa se vuelve de caballería, que los mande un jefe de su arma. (Éntrase.)

Escena XVII

EL CONDE. EL SECRETARIO. SOLDADOS. -Dichos.

CONDE.- Rendíos, si queréis salvar las vidas: el castillo está minado.

GASPAR.- Ésta es nuestra respuesta. (Le tira una botella.)

ENRIQUE.- Fuego. (Descargas de ambas partes.)

CONDE.- Fuego.

GASPAR.- Ladrillazo en ellos.

CONDE.- ¡Perros! ¡Cómo se defienden!

SECRETARIO.- Apelemos al último recurso. (Explosión de la mina, arruinase el castillo.)

TODOS.- ¡Oh!

LOS DEL CONDE.- ¡Victoria, victoria! (Penetran por la brecha, y desarman a DON ENRIQUE y a los suyos.)

Acto cuarto

Portalón abierto, por el cual se ve parte del castillo arruinado. A un lado una chimenea, una puerta y una ventanilla, delante de la cual pende una alcarraza.- Es de noche, y de cuando en cuando se oye algún trueno lejano.

Escena I

DOROTEA. PASCUALA.

DOROTEA.- No dudes decirme la verdad: sácame de afanes, Pascuala. ¿Dónde han encerrado a mi esposo?

PASCUALA.- En un subterráneo muy profundo, debajo de esa torre.

DOROTEA.- ¿En la cueva de la cabeza encantada?

PASCUALA.- Allí mismo.

DOROTEA.- Desde mi retiro oí la explosión de la mina, y el corazón me anunció al momento mis desgracias. No debía hablarte de ellas, porque no eres capaz de compadecerte de mí. Siempre tu corazón fue de bronce.

PASCUALA.- ¡Ay! Eso era cuando no me habían crecido tanto las narices. ¡Me he hecho tan sensible desde que soy fea!

DOROTEA.- Tú no comprendes lo que es estar una mujer separada de su marido.

PASCUALA.- Conforme él sea. ¡Lo que sentiría yo perder de vista al mío! ¡Mira qué delicadeza de hombre! ¡Mandar que le espere aquí sola, en una noche como esta, oscura, nublada...! Tiene una alma de caribe, por no decir de mayordomo.

DOROTEA.- ¿Tardará en venir?

PASCUALA.- ¡Qué! No por cierto. Reconciliado ya con el conde, le encargó éste no sé qué comisión, para la cual llevó consigo unos soldados. Con ellos volverá, según me previno. Ya ves el riesgo en que estás de que te encuentren.

DOROTEA.- (Aparte. Eso es lo que yo quiero.)

PASCUALA.- Te prenderían, te llevarían a presencia del conde.

DOROTEA.- (Aparte. A eso he venido.) ¿Dónde se ha alojado el conde?

PASCUALA.- En la galería de los trofeos, que es el costado de la fábrica que menos ha padecido. (Mirando adentro.) ¡Ay Jesús! Que ya están aquí.

DOROTEA.- ¿Quienes?

PASCUALA.- Mi marido y los soldados. Ya no puedes huir.

DOROTEA.- Escóndeme en cualquier parte. (Para sí. Oiré lo que digan.)

PASCUALA.- En esta pieza. Ven. (La hace entrar por la puerta de la derecha.) Procura estar con silencio, o eres perdida.

Escena II

DON LAÍN. SOLDADOS.- PASCUALA. DOROTEA, oculta.

LAÍN.- Pues, señor, allá nos aguarde por muchos años.

PASCUALA.- ¿Quién?

LAÍN.- Mi duplicado, el otro yo, Garabito.

PASCUALA.- ¿Qué decís? ¿Ha muerto?

LAÍN.- Se han empleado todos los medios conducentes. Íbamos dándole caza a lo largo del Duero; ve que ya le podía alcanzar una bala, y... ¡zas! Embócase de cabeza en el río, y tú que le viste.

PASCUALA.- ¿Y no hubo entre vosotros una alma capaz de socorrerle?

DOROTEA.- (Asomándose a la ventanilla.) No estaba yo lejos.

LAÍN.- Sí tal: Beeker y Strans se arrojaron al agua tras él. Esos dos muchachones que ves ahí, que son dos atunes.

PASCUALA.- ¿Y consiguieron...?

LAÍN.- Sacarle a la orilla.

PASCUALA.- ¿Vivo?

LAÍN.- No lo parecía; pero en la duda de sí o no, los amiguitos desenvainaron las charrascas, le hicieron moneda en un periquete, y colgaron sus pedazos de los árboles, para escarmiento de usurpadores fisionómicos.

PASCUALA.- ¡Oh inhumanidad! -¿Y tenéis valor para decírmelo?

LAÍN.- ¿Si te parecerá que no siento yo que haya muerto de esa manera?

PASCUALA.- Callad: tenéis peor intención que un novillo.

LAÍN.- Niña, el Galateo enseña que no se le hable de sogas al ahorcado. Yo digo la verdad pura. El señor teniente Raufenrofenrif...

PASCUALA.- Yo no tengo que ver con ningún teniente.

LAÍN.- ¡Pues no faltaría más...! ¡Vaya! -Digo, pues, que el mencionado señor teniente Raufenrofen tenía a Garabito una tirria, lo mismo que si el vidriero le hubiese aplicado algún verbigracia. -Dios nos libre y nos defienda.

PASCUALA.- Bien: ¿y qué?

LAÍN.- Y como el susodicho señor teniente Raufen es un mágico de los más aprovechaditos de las márgenes del Rin, había descubierto el único medio posible para que recobrases tu juventud y tu hermosura.

PASCUALA.- ¿Y cuál es?

LAÍN.- La cosa más sencilla del mundo. Fusilar al que dio desarrollo a esas narices.

PASCUALA.- Y el quedarme yo sin ellas ¡había de costar sangre!

LAÍN.- Sangre cuesta cualquier desnarigadura ordinaria. Dígalo el albéitar que nos cura las caballerías.

PASCUALA.- ¡Sacrificar a mi restauración un amante! Si fuera un marido...

LAÍN.- Es verdad: siempre a nosotros nos tocan los sacrificios.

PASCUALA.- A tal precio, más quiero permanecer así toda la vida.

DOROTEA.- (A la ventana.) La pobre Pascuala merece ya volver a su primitivo estado, y tener un esposo menos indigno. Mi talismán obrará. (Al quitarse de la ventana, deja caer la alcarraza al suelo; se rompe, y el agua salpica a DON LAÍN.)

LAÍN.- ¡Canario! Ahí dentro hay gente. Soldados, entrad a la bayoneta.

PASCUALA.- No, no entréis. La casualidad, el aire...

LAÍN.- El aire puede traer agua, pero no en cacharros. Avanzad. (Los SOLDADOS entrar en el cuarto dónde se ocultó DOROTEA, y vuelven a salir poco después con ella.)

PASCUALA.- Escuchadme.

LAÍN.- ¿No digo? ¡Una mujer! Afuera, afuera con ella-

PASCUALA.- (Aparte. ¡Infeliz amiga!)

LAÍN.- ¡Dorotea!

DOROTEA.- Dejadme: no me llevéis a presencia del conde

LAÍN.- Precisamente tenemos la orden contraria.

DOROTEA.- Por Dios... Yo reclamo...

LAÍN.- Sí, reclame usted, reclame sin pérdida de tiempo. (A los SOLDADOS.) Llevad presa a esta señora, en calidad de reclamante.

PASCUALA.- (Aparte. Ella se ha perdido.)

DOROTEA.- (Aparte. Logré mi intento.) (Los SOLDADOS conducen a DOROTEA.)

Escena III

DON LAÍN. PASCUALA.

PASCUALA.- ¡Os habéis portado bizarramente! ¡Poner a la pobre Dorotea en manos de los satélites del conde!

LAÍN.- ¿No es el conde su marido? Reunir dos esposos descarriados es un... ¡acción de alta moralidad.

PASCUALA.- Merecéis por vuestra barbarie que el cielo os castigue.

LAÍN.- ¡Qué tontería! El cielo... (Trueno horroroso.) ¡Hola! Guardémosle respeto, porque habla gordo. (Sigue tronando y relampagueando.)

PASCUALA.- Sobre vos debían caer sus rayos.

LAÍN.- ¡Santa Bárbara bendita! Tempestad para toda la noche hay.

UN ECO.- ¡Ay!

PASCUALA.- ¿Habéis oído? Se han quejado.

LAÍN.- Algún perro, alguna lechuza... El miedo que tienes te alucinó.

ECO.- No.

PASCUALA.- ¿Lo veis ahora?

LAÍN.- No veo; pero oigo... lo que no quisiera.

PASCUALA.- ¿Si será una alma en pena quien se queja así?

ECO.- Sí.

PASCUALA.- Yo no acierto a hablar ni a moverme.

LAÍN.- Serenidad; no hay motivo para amedrentarse tanto. Hablando se entiende la gente. Parlamentaremos. (Aparte. Hagamos de tripas corazón.) ¿Qué quieres de nosotros, ente invisible que nos remedas? ¿Quién eres? Dilo; que yo me holgara...

ECO.- Gara...

LAÍN.- Yo te Invito.

ECO. Bito. (DON LAÍN y PASCUALA hablan casi a un tiempo.)

LAÍN.- Ha dicho: Gara...

PASCUALA.- Ha dicho: bito.

ECO.- Gara... bito.

LAÍN.- ¡Garabito! Aún después de hecho cinco, ¿ha de perseguirme? Tal tenacidad en un muerto me admira.

ECO.- Mira. (Caen las piernas de GARABITO por la chimenea.)

PASCUALA.- ¿Qué es aquello que ha caído por la chimenea?

LAÍN.- Alguna media canal que estaría al humo. (Lléganse los dos al hogar.)

PASCUALA. ¡Qué horror! (Refúgiase en el cuarto donde estuvo DOROTEA.)

LAÍN.- ¡Las piernas del maestro plomero! Muerto más ágil no lo he visto en mi vida. (Caen los brazos y después el cuerpo.) Un brazo... dos. El hombre se me viene aquí por menor, para darme un susto con cada cuarto. Pero falta lo principal. Apostara que alguna bruja se ha llevado ya la cabeza para arrancarle los dientes.

ECO.- Mientes.

LAÍN.- ¡Mientes! ¡Qué urbanidad gasta el eco consonantista! ¡Mientes! Lo que yo veo es que la prenda capital no asoma.

ECO.- Toma. (Cae la cabeza.)

LAÍN.- Tómela un peluquero francés para muestra.

Escena IV

LOS SOLDADOS.- DON LAÍN.

LAÍN.- ¡Ay, hijos! ¡Qué falta me habéis hecho tan grande!

UN SOLDADO.- ¿Warum?

LAÍN.- Porque necesitaba repartir con vosotros una dosis de miedo, sobrado fuerte para mí solo, Mirad.

SOLDADO.- ¿Was giebt's?

LAÍN.- Mirad lo que se ha descolgado por esa chimenea.

SOLDADO.- ¡Was wunder!

LAÍN.- ¿Sabéis lo que estoy pensando? Que el señor Raufenrofenrif no me dijo que para rejuvenecer a mi esposa, fuese necesario fusilar a ese hombre en vivo. Un difunto que se cuelga en el hogar doméstico furtivamente, bien merece media docena de almendritas de a onza... y puede que el efecto sea el mismo. ¿Qué se pierde en probar?

SOLDADO.- Nichts.

LAÍN.- Manos a la labor. El deseo de ver a mi mujer buena moza, tal y como era antes de sus averías, me infunde un aliento... quirúrgico, veterinario. (A los SOLDADOS.) Traedme pieza por pieza ese mueble, y yo lo iré ensamblando, arrimadito a la pared. Aquí hay unas escarpas: atando a ellas un pañuelo... o mis ligas... (los SOLDADOS hacen lo que DON LAÍN les indica, y, él arma el cuerpo de GARABITO, cantando en el íterin.) Principiemos la obra por los cimientos. ¡Lo que puede el amor conyugal! -Esto ya se tiene. Vengan más materiales. -Adelante. -Prenderemos los brazos con unos alfileres. ¡Guapo! -La cabeza es la que da en quedarse torcida. Nada: hasta lo último se ha de salir con la suya. ¡Válgate un...! - Muchachos al avío: preparad los chismes; aquí no hay necesidad de descabezar el credo. (Los SOLDADOS toman las armas: GARABITO echa a andar.) ¡Ay! ¡Ay! ¡Dios todopoderoso!

SOLDADOS.- ¡Diesen verräther!

PASCUALA.- (Saliendo en su figura de joven.) ¡Qué sucede! ¡Ah!

LAÍN.- ¡San Cosme! ¡San Emeterio! ¡Santa Lutgarda! (Huyen todos despavoridos gritando, y GARABITO va tras ellos.)

Una galería del castillo.

Escena V

EL CONDE. EL SECRETARIO.

CONDE.- Yo quiero verla, y basta.

SECRETARIO.- También ella quiere veros.

CONDE.- Sí, porque no ha podido ocultarse de mis soldados.

SECRETARIO.- Artificios femeniles, de que seréis víctima. Dorotea os buscaba, y está deseando la entrevista. No me es lícito oponerme a vuestra voluntad; pero os aviso que os va a pedir la libertad del hechicero.

CONDE.- No la obtendrá de mí.

SECRETARIO.- Y fuera inútil que se la concedierais: os lo prevengo.

CONDE.- ¿Pues cómo?

SECRETARIO.- Es casi imposible que salga del subterráneo, donde se halla.

CONDE.- ¿Por qué?

SECRETARIO.- Cuantos han puesto los pies en la cueva de la cabeza encantada, desde que lleva ese nombre, todos se han quedado dentro. Allí de nada sirve su talismán a Enrique.

CONDE.- De ese modo, nada tengo que temer. Inútil es quitarle la vida como me aconsejabais.

SECRETARIO.- Era sin embargo lo más seguro.

CONDE.- ¿A qué nos hemos de privar de los soldados que bajen a pasarlo por las armas?

SECRETARIO.- Vos pagáis con un parte. (Para sí. No sabe que para nosotros no hay puerta cerrada.)

CONDE.- Antes de resolver, quiero hablar a Dorotea. Podéis retiraros. (Vase el SECRETARIO.)

Escena VI

DOROTEA.- EL CONDE

CONDE Tras días y días
que vago perdido,
buscando la estampa
de un pie fugitivo,
por fin, Dorotea, 5
tus ojos he visto.
Cambiando papeles,
buscarme te miro,
tan alta ventura
me saca de tino. 10

DOROTEA Sabiendo que estabas
en este castillo,
hacer los honores
le quise a un amigo.

CONDE ¿Amigo?

DOROTEA Perdona, 15
si tal he creído.

CONDE De serlo me alabo.

DOROTEA Mi casa testigo.

En ella, aunque a nadie
pediste permiso, 20
has hecho... y deshecho,
según tu capricho.

CONDE Que yo la he comprado
su dueño me dijo:
ninguno se agravie, 25
si yo la derribo.

DOROTEA Por eso yo nada
en contra te digo.

CONDE Palabras que importan,
jamás las olvido. 30

DOROTEA Yo en punto a recuerdos,
separo y distingo.
Jamás hago caso
del mal que recibo;
mas grave en el alma 35
cualquier beneficio.

CONDE Y dime: ¿te acuerdas
de un conde...?

DOROTEA Infinito.

¿Pudiera olvidarme
de un hombre que quiso, 40
perdido de amores,
casarse conmigo?

CONDE Casose en efecto:

así me lo has dicho.

DOROTEA Pues ya.

CONDE De ese modo 45
yo soy tu marido.

DOROTEA Si tú lo dudabas,
el yerro no es mío.

CONDE ¿Conque eres mi esposa?

DOROTEA ¿Cómo he de decirlo? 50

CONDE ¿Y quién es entonces
aquel individuo,
que preso se queja
con triste suspiro?

DOROTEA Aquel...

CONDE Sí señora. 55

DOROTEA Será un pobrecillo...

CONDE Que burla a los condes.

DOROTEA Que sabe suplirlos.

CONDE Carrera ha tomado
de mucho peligro. 60

DOROTEA Por término de ella,
aguarda...

CONDE El suplicio.

DOROTEA ¡Oh! Yo no lo creo.

CONDE Pues yo te lo afirmo.

DOROTEA Pues yo te declaro 65
que no lo permito.

CONDE Yo soy el que manda.

DOROTEA Y yo la que pido,
y a dama que ruega,
ceder es preciso. 70

CONDE ¿Por dónde confías
hallar tan propicio

al hombre que estaba
furioso contigo?

No irrites mi ciego 75
carácter altivo;

que puedo acordarme
de agravios antiguos.

DOROTEA ¿De agravios... qué has hecho?

CONDE De mil que he sufrido. 80

DOROTEA ¡Qué injustos que somos,
y qué olvidadizos!

El mal que nos hacen,
nos llega a lo vivo,
y en nada apreciamos 85
el daño que hicimos.

Aquel que pensaba

lograr el cariño
de honrada doncella
por medios inicuos, 90
¿podrá figurarse
de culpa tan limpio,
que no mereciera
ni un leve castigo?
CONDE ¿Quién juez de mis hechos 95
a Enrique le hizo?
DOROTEA A todos alcanza
la ley del destino,
al conde y al mago,
al grande y al chico. 100
CONDE Jamás se perdona
la befa, el ludibrio
DOROTEA Pues o he perdonado,
mi conde querido,
la farsa de boda 105
que usted me previno
CONDE Señora, acabemos
Enrique, el indigno
rival, que envidioso,
mi dicha deshizo, 110
forzoso es que muera
DOROTEA ¿Morir? ¡Qué delirio!
Si libre no mandas
que salga ahora mismo,
jamás en mis labios 115
oirás un cariño.
CONDE Pero óyeme...
DOROTEA Y mira
que ya, si reñimos,
declárote guerra,
y nunca transijo. 120
CONDE No temo...
DOROTEA ¿Desprecias
mi gran poderío?
Veras lo que puede
mi mágico anillo.
CONDE ¿Podrá por ventura 125
vencer mi albedrío?
DOROTEA ¡Ay conde del alma!
si está ya vencido.
Teniendo estos ojos,
¿qué mas necesito? 130
CONDE Verán su desaire,
cual vieron el mío.

DOROTEA Son siempre los condes
humanos y finos.

CONDE Te cansas en vano. 135

DOROTEA No te hagas esquivo.

CONDE Si Enrique no puede
salir ya del sitio,

donde esos soldados
le tienen hundido. 140

DOROTEA Saldrá, si tu quieres.

CONDE Que no, te repito.

DOROTEA Con tal que lo mandes,
te dejo tranquilo.

CONDE ¿En la orden tan sólo 145
se cifra tu ahínco?

Darela al momento
con un requisito.

DOROTEA ¿Cuál?

CONDE Has de entregarme
tu sortija.

DOROTEA ¡Lindo! 150

(Aparte. Caíste en el lazo.)

¡Gentil desatino!

Están en las damas
mejor los hechizos.

CONDE Sobrados ostenta 155
tu rostro divino.

DOROTEA Conviene que dure
sin mengua su brillo,

y así mi sortija
guardar solícito. 160

CONDE Pues guárdala, y siga
Enrique cautivo.

DOROTEA Ya es mucha la tema.

CONDE La tuya lo mismo.

DOROTEA (Aparte. Ignora que tengo 165
igual otro anillo,

que darle.) ¿Qué dices?

CONDE Que yo no desisto.

DOROTEA Si no hay otro medio...

CONDE No hay otro.

DOROTEA Me rindo. 170

(Da una sortija al CONDE.)

Ordena que a Enrique
suelten.

CONDE Convenido.

(Aparte. Mandarlo es bien fácil,
mas no conseguirlo.)

DOROTEA (Aparte. Soy feliz.)

CONDE Ahora, 175

permite... (Va a besarle una mano.)

DOROTEA (Retirándose.) Quedito.

CONDE Mi esposa no debe mostrarme desvío.

DOROTEA En tanto que la orden

no des por escrito, 180

estoy divorciada.

CONDE Pero un anticipo

tan fácil...

DOROTEA Es antes

cumplir lo ofrecido.

Paga adelantada 185

retarda servicio. (Vanse.)

Cueva de la cabeza encantada. -A los lados del proscenio dos estatuas tendidas sobre pedestales; la una tiene atadas las manos; la otra sueltas. Un asiento uniforme en medio del teatro; una lámpara encendida sobre una repisa en otro lado una antorcha apagada.

Escena VII

DON ENRIQUE.

ENRIQUE. -Todo lo que ha podido alcanzar mi discurso es persuadirme más y más de lo que ya sabía: de que las puertas de este subterráneo se abren por sí solas al que intente penetrar en él, y se cierran para siempre enseguida. Por algo me condujeron aquí mis enemigos, dejándome sueltas las manos. No debí entregar a Dorotea mi talismán, sabiendo al lo que me exponía. Pero de otro modo, ella era la que peligraba. No: bien hice. Vive ella segura, y perezca yo, si es necesario. (Mirando hacia adentro.) ¡Cielos! ¡Dorotea!

Escena VIII

DOROTEA.- DON ENRIQUE.

DOROTEA.- ¡Esposo mío!

ENRIQUE.- ¡Bien de mi vida. (Se abrazan.)

DOROTEA.- ¡Cómo me has engañado! ¿Por qué me encubrías el riesgo que te amenazaba?

ENRIQUE.- No lo creí yo tan grave: me engañé yo mismo.

DOROTEA.- Al fin te encuentro: ya estoy segura.

ENRIQUE.- ¿De qué? ¿De quién?

DOROTEA.- Del conde.

ENRIQUE.- ¿El conde te perseguirá?

DOROTEA.- Furioso. Ya se ve, yo le había embaucado para arrancarle la promesa de ponerte en libertad.

ENRIQUE.- ¿Y ha faltado a su palabra?

DOROTEA.- Conoció mis designios un oficial tudesco, y se los reveló al conde. Considera tú como se pondría. Si no tengo en mi poder el anillo mágico, de seguro que no llego a verte.

ENRIQUE.- Pero ¿sabes, infeliz, sabes lo que has hecho

con poner las plantas en este recinto?

DOROTEA.- El deber de una fiel consorte; buscar a mi esposo, abrazarle, participar de su suerte.

ENRIQUE.- ¿Sabes que acaso no volverás a ver la luz del día?

DOROTEA.- ¡Qué! ¿No podremos huir de aquí a favor de tu talismán?

ENRIQUE.- A todo alcanza, menos eso. Imposible es la salida, si no descubrimos...

DOROTEA.- ¿Algún resorte? ¿Alguna puerta oculta? Yo veo bien.

ENRIQUE.- El encanto de esta cueva consiste en una adivinanza, compuesta de tres renglones, de los cuales es necesario acertar el primero.

DOROTEA.- ¿Y dónde están escritos?

ENRIQUE.- En los muros de esta pieza.

DOROTEA.- No descubro letras por ningún lado.

ENRIQUE.- Ese es el secreto. Se han de imaginar y pronunciar aquí las palabras de uno de los tres renglones, sin ningún antecedente.

DOROTEA.- ¡Virgen de Atocha!

ENRIQUE.- Entre las infinitas combinaciones que se pueden hacer con las voces de un idioma, ya ves si será difícil atinar con las que estén ahí trazadas, las cuales no aparecerán hasta que haya quien las adivine.

DOROTEA.- Pues ya es empresa.

ENRIQUE.- Sólo a la casualidad se puede deber ese descubrimiento. Yo compré el castillo por tener la gloria de desencantar a los moradores de esta caverna; pero todos mis cálculos han sido inútiles, y por lo mismo, nunca me había atrevido a pasar de sus umbrales. Aquí permaneceremos encarcelados... sabe Dios hasta cuando.

DOROTEA.- La mansión no es muy agradable; pero teniéndote a mi lado, no echaré menos los magníficos salones de arriba. El amor todo lo embellece. Podremos conversar también con nuestros compañeros de cautiverio.

ENRIQUE.- Ellos podrán oírte pero no responderte.

DOROTEA.- ¿Solamente nosotros estamos en el uso de la palabra?

ENRIQUE.- Gracias a mis privilegios científicos.

DOROTEA.- Pues en esa circunstancia estriba nuestra salvación. Nada, lo que debemos hacer es estar charlando a todas horas, basta que a fuerza de vaciar palabras, demos con las del enigma. Recorramos ahora estas silenciosas moradas, por si hallamos algún resquicio que nos facilite la fuga.

ENRIQUE.- ¡Vana esperanza! (Toma la lámpara, y se van los dos esposos.)

Escena IX

GARABITO.

GARABITO.- (Dentro.) ¡Ay!, ¡Ay! Despacio, que yo no vuelo. ¡Que me estrangulo! (Sale conducido por un cuervo, el cual tiene asida con el pico una cinta que trae GARABITO atada al cuello.) Alto aquí, señor cuervo: no me da la gana de correr más. Tire usted por donde quiera. (Con las manos tira de la cinta; ésta se rompe, GARABITO cae, y el cuervo desaparece en la dirección que llevaba.) ¡Ay! se me ha desquiciado toda la columna vertebral. ¡Qué no ha de haber gusto completo! Cuando más gozoso iba ya persiguiendo a don Laín, ¡pif! cruza ese maldito grajo, me echa la guindaleta, y unas veces colgando, y otras a trompicones, me trae... ¿qué sé yo adónde? Porque no veo. A la cuenta, desde que me descuartizaron, vine a ser propiedad de las aves de rapiña, y la primera que me atisbó, dijo: aquí te veo, aquí te cojo. (Se levanta.) ¿Qué apostamos a que en esta huronera tienen esos bichos su almacén de víveres, y que a lo mejor vienen a darse un refrigerio con mi persona? Lo peor es que estoy tan molido, que no podría defenderme ni de un gorrión. Descansemos un instante, aunque sea en el suelo. No; aquí tiento un pedrusco, y... (Lo que cree que es un asiento, es un monstruo, el cual al sentarse GARABITO, se levanta sacudiendo unas grandes alas: un relámpago ilumina instantáneamente el teatro.) ¡Válgame el marqués de Villena! ¿Qué animalote es ése? ¿Qué son aquellas figuras blancas que he traslucido? ¿Cuánto va que me han embocado en la cueva de la cabeza encantada, la del enigma que tanto da que cavilar a mi amo? (Otro relámpago.) Dicho y hecho; estoy condenado a reclusión perpetua, y Dios sabe qué será de mí con semejantes huéspedes. ¡En lo que han venido a parar las esperanzas que concebí cuando me dijo mi amo en Barahona: ¿qué apeteces? Pide lo que quieras. (Se oyen dos fuertes golpes en metal, y aparecen en el muro, resplandeciendo como si estuvieran formadas con piedras preciosas, estas palabras en letra gótica.)

(GARABITO continúa.) Ese ruido... ese letrero... No hay más: he dado con la adivinanza, sin pensar en ello. ¡Y mi amo que andaba volviéndose loco! Sí; pero ahora falta que yo sepa seguirla, explotarla con fruto. (Lee.) «Pide lo que quieras...». En lo de pedir, iré con tiento; no tengamos otro apéndice al nalgatorio, como cuando los tres deseos. Lo primero que quiero, y que no tiene duda que me conviene, es no estar a oscuras. Una luz. (El cuervo vuelve con una mecha en el pico, enciende la antorcha que hay en teatro, y vuela.) Gracias, amigo. Buen viaje. Ahora, útil será examinar el terreno. No veo más que dos estatuas

tendidas. (El monstruo que ha cambiado de puesto, se mueve al acercársele GARABITO.) No se incomode usted: soy de casa. Estos personajes serán a la cuenta dos campeones cuyas proezas habrían excitado la envidia de algún encantador malandrín... y cáteles usted berroqueñizados. En efecto, son hombres de armas tomar, porque aquí conservan las suyas. Si lograrse desencantarlos, me hacía con dos aliados formidables. Éste tiene un chafarote, y el otro... una arma de fuego, a manera de retaco. ¡Calle! ¡Si están aquí sus nombres! (Lee.) «Bernardo.» ¡Cómo! «Ambrosio.» ¡Voto va! Ya caigo. Éste es el de la espada que ni pincha ni corta, y aquél el que cargaba la carabina con cañamones. ¡Buen refuerzo esperaba yo! La espada de Bernardo me serviría lo mismo que la carabina de Ambrosio. Continuemos ejerciendo el derecho de petición; y para no equivocarlo... Fuera circunloquios... Quiero que inmediatamente se me ponga... (El monstruo ruge y se dirige a GARABITO, furioso.) No, señor, no se enfurezca usted así; que aún no he acabado: no iba a pedir que me pusieran en libertad, como usted se figura; iba a decir que me pusieran... la mesa para cenar. ¡Pues estamos bien! «Pide lo que quieras,» ¡y por poco no me despedaza ese dragón cuando pido lo que más me importa! (Sube por un escotillón una mesa aparada, debajo de cuyo tablero hay dos osos, como sosteniéndole: la mesa trae consigo un banco largo.) ¡Hola! Parece que de puertas adentro no se opone nadie a que regale yo mi individuo. Sea enhorabuena: los duelos con pan son menos. Así como así, me voy convenciendo de que contra todas las reglas de la encantaduría, en esta tierra hace hambre. Y guisan muy bien por allá abajo, porque el olorcillo convida. En verdad, que donde hay quien guise, podía haber quien sirviera. (Los osos salen de debajo de la mesa y se ponen en dos pies a los lados de la mesa, cada uno con una servilleta al hombro.) ¡Vaya un par de camareros! ¡Qué atrocidad! Háganme ustedes el favor de no atarearse por mí. ¿Oyen ustedes? (Viendo que no te hacen caso.) ¡Eh! ¡Mozo! Con usted hablo... y con usted. Que se larguen ustedes de aquí, y no vuelvan hasta que suelten el pelo de la dehesa. Lo quiero, lo pido. (Los osos vuelven a colocarse debajo de la mesa.) ¡Hum...! No sé si me fíe... En fin, vamos a comer. Lo primero, un huevecito pasado por agua; que en esto no pueden haber ingerido ningún jarope. ¡Oh! y parece fresco. Aquí no estoy con tranquilidad. (Se va de la mesa, mirando a los osos, y llevándose el huevo.) En este lado, de dos sorbos... (Abre el huevo, y sale de él un pájaro.) ¡Pues estaba reciente, por Dios! ¡Y tenía un pollo volandero! ¿Y por qué me pringo yo en tal fruslería, habiendo aquí un pastelón de liebre, que es mi plato de preferencia? (Toma un cuchillo, y trincha. Mientras tanto las dos estatuas van levantándose lentamente hasta sentarse en el banco, uno a cada lado de GARABITO.)

Escena X

BERNARDO. AMBROSIO.- GARABITO.

GARABITO.- ¡Qué tierna está! La liebre es el animalito más dócil, y... (Sale de ella un gato.) Pero, señor, ¡qué no ha de haber un hosterero que no encaje gato por liebre! Bien dicen que tienen siete vidas los tales: éste reservó la séptima para librarse de mis dientes. Como sigamos así, voy a cenar opíparamente. Veremos si este par de perdices son de recibo. (Trincha.) Lo que es ésta, se deja trinchar sin oposición. Vamos, esto es perdiz, verdadera perdiz, como se venera en las mejores pastelerías del reino. Y sin embutidos heterogéneos, ni cuerpos exóticos... La destrocé. ¡Con qué gusto voy...! (Toma con el tenedor un pedazo, y al ir a comer, repara en las estatuas.) ¡Válgame el relicario del Escorial! ¡Dos convidados de piedra! (Huye.) Señor don Bernardo... señor don Ambrosio... permítanme ustedes les diga que esto de sentarse a mi mesa de mogollón, sin decir oste ni moste, ni tus ni mus, ni hache ni erre... ¿Eh? -Pues. -Nada, como si hablase con una estatua.

AMBROSIO llama con la mano a GARABITO.

GARABITO.- ¿Qué? ¿Que vaya?

AMBROSIO dice con la cabeza que sí.

GARABITO.- Yo digo que no quiero. Si tiene usted algo que decirme, desde aquí puedo oírlo.

AMBROSIO toma un vaso y pide vino.

GARABITO.- ¿No pueden ustedes hablar? ¡Qué diantres! Tienen lengua para saborear el vino, ¡y no les sirve para pedir! Ahí esta la botella.

AMBROSIO dice que eche de beber a BERNARDO.

GARABITO.- ¿Y qué quiere usted decir con toda esa pantomima? ¿Que dé de beber al camarada? Pues no me acomoda. Que se sirva a sí mismo el señor Bernardo. AMBROSIO hace a GARABITO notar que BERNARDO tiene las manos sujetas.

GARABITO.- Y es verdad, que tiene atadas las manos. Soy un pollino.

BERNARDO y AMBROSIO hacen señal afirmativa.

GARABITO.- Celebro la uniformidad de pareceres. Ea, vamos a darle un traguito. ¡Yo sirviendo a semejantes estafermos! Empine usted: arriba con él. Buen provecho.

AMBROSIO pide vino para sí.

GARABITO.- Señor don Ambrosio, usted se halla con las manos hábiles y expeditas: escánciese a su gusto.

AMBROSIO insta.

GARABITO.- Digo que no quiero.

AMBROSIO con la cabeza, sí, sí, sí.

GARABITO.- Nooó.

AMBROSIO se levanta muy incomodado.

GARABITO.- A mí me importa un bledo que usted se incomode. No quiero ser copero de un mazacote de cantera: lo dije. Y cuidado que a cabeza dura no me ganan ustedes.

AMBROSIO enfurecido, arranca la cabeza a AMBROSIO, y hace ademán de arrojársela a GARABITO.

GARABITO.- ¡Eh! No tire usted. ¡Vaya! Yo le daré a usted de beber porque no se desgracie esa preciosa escultura. Sólo mi amor a las artes podía hacerme dócil en esta ocasión. (Echa de beber a AMBROSIO: BERNARDO entretanto se duerme, AMBROSIO hace luego lo mismo.) ¡Qué asombro! Lo mismo bebe que si fuera de carne y hueso. (Mirando a BERNARDO.) Eso es: ahora a desollarla. ¡Qué sueño tan pesado debe ser el de mis comensales! Y no hay más: se durmieron como dos cachorros los pedazos de estuco. Me alegro: hora es de que yo piense seriamente en mi situación. El segundo artículo del acertijo dice: «haz lo que veas.» ¿Qué he visto yo hacer a esta gente? (Remeda las acciones que indica.) Sentarse... No: sentarse no; los he visto sentados. Llámame el uno, pídemme vino, beber el otro, empeñarse el primero en que le sirviese, y al negarme yo quererme romper la crisma con esta cabeza. (Va a cogerla. Golpes de tantán dentro; truenos. Las estatuas se porten en pie y quedan inmóviles; el monstruo se mueve y sacude las alas.) ¿Qué significa este estrépito? ¿Es para alentarme o para detenerme? Lo que no admite duda es que he atinado con el secreto: ésta debe ser la cabeza encantada. Yo bien le echaría el guante; pero ¿quién no teme un revés de un cuerpo tan sólido, tan compacto?

Escena XI

EL CONDE. EL SECRETARIO.- DON LAÍN y SOLDADOS, que saldrán por un lado.
DON ENRIQUE y DOROTEA por otro.- GARABITO.

SECRETARIO.- (Dentro.) Nuestro dominio peligra: acudid.

GARABITO.- Los tudescos vienen. ¿Cómo me defiendo? (Salen todos.)

CONDE.- Aseguradle.

SECRETARIO.- Matadle.

LAÍN.- Pulverizadle.

ENRIQUE.- Deteneos,

GARABITO.- Ahí va eso. (Quita la cabeza a BERNARDO, y así que la tiene en las manos, ambas estatuas quedan en trajes antiguos. La mesa se hunde.)

ENRIQUE.- Triunfé. Se descubrió el secreto de la cabeza encantada, y ahora mi talismán es el poderoso.

CONDE.- ¿De qué te sirve? Mis soldados te cercan.

LAÍN.- Estás en un calabozo.

ENRIQUE.- Estoy en mi palacio. Huid. (Transformase el subterráneo en un salón magnífico. Los osos, el monstruo y los monos que salieron en el tercer acto, retiran al CONDE y los suyos. Los encantados acuden en tropel en trajes elegantes.)

SECRETARIO.- Se frustró nuestra venganza. Llevémonos una víctima. (Se llevan a DON LAÍN.)

GARABITO.- (Aparte. Ya es viuda Pascuala.)

ENRIQUE.- Dulce esposa, hoy renuncio a mis artes mágicas. Si hice viso de ellas para obtener tu mano, para conservar tu amor no las necesito.

DOROTEA.- Ámame como hasta hoy: ese hechizo te basta. (Los encantados ejecutan un baile, y se da fin.)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).